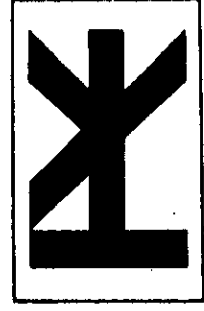


Sección: Humanidades

John A. Hall
G. John Ikenberry:
El Estado

*George Wills byrg
2010*

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

1. Introducción: El Estado y la teoría social

El período en el que la ciencia social «perdió interés» por el Estado —hablando en un sentido amplio, aquellos años en los que la *Pax Americana* liberal dominó tanto las mentes como las instituciones— ha acabado ya. El retorcido de la preocupación de los investigadores por el Estado condujo inicialmente a varias tesis de tipo más bien programático, muchas de las cuales eran formidablemente oscuras¹. Por fortuna, nuestra situación actual es mejor. Es fácil, teniendo detrás de nosotros la ventaja de una década de explicaciones científico-sociales centradas en el Estado, demostrar su influencia. Lo que es más difícil,

¹ Pensamos sobre todo en las obras de Nicos Poulantzas y en la escuela alemana de la «Lógica del capital». Para la primera, véase especialmente Poulantzas, *Political Power and Social Classes* (Londres, New Left Books, 1973); y *State, Power, Socialism* (Londres, New Left Books, 1978), así como el comentario crítico en B. Jessop, *Nicos Poulantzas* (Londres, Macmillan, 1985); en el libro de J. Holloway y S. Picciotto, eds. *State and Capital* (Londres, Edward Arnold, 1978), hay influencias de la obra de la escuela mencionada en último lugar.

aunque ahora sea posible, es establecer una concepción más sistemática del Estado en la historia. Nuestro objetivo general es especificar los modos en que los Estados interactúan con otras fuentes de poder; el hecho de que el carácter de esas fuentes de poder haya variado en la historia requiere que el tratamiento adecuado del Estado tenga una dimensión histórica. Nos interesa particularmente la relación entre los Estados y el capitalismo, y los modos en que dicha relación afecta a los regímenes políticos y a la estabilidad del sistema internacional. Pero antes de comenzar a estudiar la relación del Estado con otras fuentes de poder hemos de dedicar un espacio considerable a las concepciones del Estado en la teoría social clásica y contemporánea. Esto dará a nuestra exposición mayor riqueza y, lo que es más importante, nuestro análisis fundamentado históricamente nos permitirá volver a examinar estas tradiciones teóricas y juzgar sus pretensiones.

Definición del Estado

En gran medida, los científicos sociales están de acuerdo sobre cómo debe definirse el Estado². Una definición compuesta incluiría tres elementos. En primer lugar, el Estado es un conjunto de instituciones; estas instituciones son gestionadas por el propio personal del Estado. La institución más importante es la que controla los medios de violencia y coerción. En segundo lugar, estas instituciones están enmarcadas en un territorio geográficamente delimitado, al que generalmente se denomina socié-

² Esta definición recurre a la que ofrece M. Mann en «The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results» en J. A. Hall, ed., *States in History* (Oxford, Basil Blackwell, 1986), y la amplia. Nuestra interpretación del Estado está influida por la de M. Weber, *Economy and Society* (Nueva York, Bedminster Press, 1968), vol. 2, capítulo 9, y vol. 3, capítulos 10 y 13.

dad. Es crucial el hecho de que el Estado mira tanto hacia dentro, a su sociedad nacional, como hacia afuera, a sociedades más grandes entre las que debe abrirse paso; su conducta en un área frecuentemente sólo puede explicarse por sus actividades en la otra. En tercer lugar, el Estado monopoliza el establecimiento de normas dentro de su territorio. Esto tiende a crear una cultura política común compartida por todos los ciudadanos.

Ninguna definición es perfecta; creemos oportunos algunos comentarios sobre las limitaciones de la ofrecida. Repárese en primer lugar en que la definición es simultáneamente institucional y funcional. La historia a veces hace preciso deshacer este vínculo. Por ejemplo, en la cristiandad latina de comienzos de la Edad Media, muchas funciones gubernamentales —el mantenimiento del orden, el establecimiento de las reglas de la guerra y la justicia— eran atendidas por la Iglesia y no por los Estados débiles y transitorios que existían dentro de sus fronteras³. Esta observación revela implícitamente muchas cosas sobre la naturaleza de nuestra definición. No todas las sociedades de la historia han estado controladas por un Estado. La civilización china *generalmente* estuvo controlada por un solo Estado, pero la cristiandad latina *no* lo estuvo; es evidente que la sociedad capitalista moderna, dentro de cuyas fronteras viven ahora la mayoría de los Estados, tiene leyes de desarrollo enteramente propias. Además, los Estados no siempre poseen el control completo sobre los medios de coerción, como sabían demasiado bien los señores feudales. Es igualmente obvio que no todos aquellos que son gobernados por un Estado comparten siempre una sola cultura. La conclusión que puede extraerse de esto es muy simple: la «estatalidad»

³ M. Mann, *Sources of Social Power. Vol. I: A History of Power from the Beginning to 1760 AD* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986), capítulo 10.

plena ha sido una aspiración de *todo* Estado en la historia⁴. En consecuencia, la palabra «tiende» que se encuentra en la tercera proposición de la definición compuesta que hemos expuesto podría añadirse virtualmente al resto de las proposiciones de la definición. Algunos Estados han avanzado considerablemente desde la aspiración hacia la consecución; esto es especialmente cierto en lo que se refiere a los Estados europeos a finales de siglo, tal como lo evidencia el hecho de que esta definición compuesta se base en tesis formuladas por sus científicos sociales⁵. La mayoría de los Estados del Tercer Mundo contemporáneo, por el contrario, tienen más de esperanza que de realidad: sus ciudadanos frecuentemente no pertenecen a una sola cultura, es decir, no son todavía naciones Estado, y aún se hallan en las fases más tempranas de la creación del aparato de la maquinaria estatal.

Es importante subrayar cuán compleja es la noción de sociedad utilizada hasta el momento. Las organizaciones sociales y las identidades sociales pueden ser mayores que las fronteras de los Estados, y pueden tener algún poder sobre ellos; del mismo modo, puede que el Estado no sea capaz de controlar todos los grupos sociales que existen dentro de su propio territorio. En general, el Estado ha incrementado su poder cuando otras fuentes de poder, especialmente el poder ideológico y militar, se han territorializado. Dedicaremos mucha atención en este libro a las relaciones de los Estados con el capitalismo, pues les ha resultado mucho más difícil territorializar el poder económico. No debe interpretarse ingenuamente esta afirmación: si la extensión del capitalismo supone que la búsqueda de seguridad del Estado no es total y completa, los

⁴ El término «estatalidad» procede de J. P. Nettl, «The State as a Conceptual Variable», *World Politics*, vol. 20 (1968).

⁵ J. A. Hall, «Theory», en M. Haralambos, ed., *Developments in Sociology*, Vol. 2 (Ormskirk, Cuseway Press, 1986).

Estados siguen teniendo la posibilidad, si pueden organizarse a sus ciudadanos, de fortalecer su posición *mediante* la adquisición de la riqueza que puede aportar la participación en la economía global.

Concepciones clásicas del Estado

Tres teorías clásicas —el liberalismo, el marxismo y el realismo— han hecho las contribuciones más importantes a la comprensión del Estado. Las examinaremos sucesivamente, dedicando particular atención a las concepciones del Estado como una fuerza dentro de la sociedad y como un actor social en las interacciones externas dentro de un contexto más amplio.

Liberalismo

El liberalismo es una doctrina proteica, pero su idea fundamental es extremadamente simple: se considera que es en el individuo donde reside el valor moral⁶. Los liberales consideraron las actividades estatales *dentro* de una sociedad de modos más o menos sofisticados. Una concepción notablemente sofisticada fue la de Adam Smith. En el tercer libro de *La riqueza de las naciones* describió el modo en que la extensión del comercio, al permitir a la aristocracia feudal gastar su dinero en mercancías y no en servidores, permitió que se impusiera el imperio de la ley. La cadena causal del argumento de Smith era compleja y sutil: la fragmentación de la soberanía que tuvo lugar después de la caída de Roma, es decir, un factor político, fue lo que dio lugar a la ciudad autónoma y productiva que

⁶ A. Arblaster, *The Rise and Decline of Western Liberalism* (Oxford, Basil Blackwell, 1984); J. A. Hall, *Liberalism* (Londres, Paladin, 1988).

tanto influyó económicamente para socavar el poder feudal. Sin lugar a dudas, Adam Smith consideró favorablemente este socavamiento en sí mismo⁷. Esta versión del liberalismo entendía cabalmente que el poder tiene sus propios atractivos, que es susceptible de abuso y que está en permanente necesidad de ser controlado. En otras palabras, se saludaba a la sociedad comercial por la razón instrumental de que permitía un sistema político decente reemplazando el nudo poder por *le doux commerce*⁸.

Sin embargo, Adam Smith es mejor conocido por su insistencia —última proposición de la cadena causal de desarrollo social que había descubierto— en que un cierto tipo de Estado, un «vigilante nocturno» minimalista, proporcionaba la mejor cobertura para el crecimiento económico. Aparentemente, creía que «se necesita poco más que paz, impuestos bajos y una tolerable administración de justicia para llevar al Estado desde la barbarie más abyecta al más elevado grado de opulencia; todo lo demás es producido por el curso natural de las cosas»⁹. Fue esta afirmación, desligada del contexto pleno del argumento de Smith, lo que se reificó en el siglo XIX, particularmente por obra de Herbert Spencer. Su concepción era menos sofisticada que la de su predecesor, dado que equiparaba sin más el capitalismo con el liberalismo, en lugar de ver el primero como un medio para el segundo. La mayor esperanza de Spencer era que el Estado dejara de existir: los individuos cabalmente desarrollados se asociarían sin constrictión alguna, lo que resultaría beneficioso para su temple moral y útil para el principio del mercado. Smith

⁷ Para un comentario sobre el argumento de Smith, *vid.* D. Winch, *Adam Smith's Politics* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978).

⁸ A. Hirschmann, *The Passions and the Interests* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1978).

⁹ D. Stewart, «Account of the Life and Writings of Adam Smith, L.L.D.» en A. Smith, *Essays on Philosophical Studies* (Oxford, Oxford University Press, 1980), p. 322.

estaba alejado hasta cierto punto de esa concepción anti-política. Como se ha observado, tenía una apreciación más realista de la necesidad de controlar el poder. Es importante que esto no le condujera a tratar de abolir el Estado; pues la «paz» y la «administración de justicia» admiten una presencia más sustancial del Estado de lo que generalmente se reconoce. Además, era necesaria una élite política sabia para poder ofrecer resistencia ante las demandas egoístas de los capitalistas más poderosos, ávidos de enriquecerse mediante los monopolios incluso a costa de destruir el funcionamiento beneficioso y dinámico del mercado¹⁰. Prácticamente se ignora del todo el hecho de que Smith era muy consciente de que el principio del mercado pudo movilizarse en la historia europea —una vez eliminados los poderes de la interferencia estatal que lo bloqueaban— únicamente porque existía un *matériel* humano del tipo adecuado:

...fue la difusión general de la riqueza entre los órdenes inferiores lo que dio origen al espíritu de independencia en la Europa moderna y lo que ha producido bajo algunos de sus gobiernos, y en particular bajo el nuestro, una difusión de la libertad y de la felicidad más igual de la que tuvo lugar bajo la más celebrada constitución de la Antigüedad¹¹.

Los pensadores liberales tenían muy presente que los Estados habían obtenido gran parte de su preeminencia gracias a sus actividades *externas*. El pensador más sofisticado de la tradición a este respecto, desde entonces hasta la fecha, es Immanuel Kant. Su «paz perpetua» se caracte-

¹⁰ A este respecto, es útil recordar que *The Wealth of Nations* es un manual para legisladores concebido para mostrarles la necesidad de hacer que el mercado funcione adecuadamente. Cfr. N. Phillipson, «Adam Smith as Civic Moralists», en I. Hont y M. Ignatieff, eds., *Wealth and Virtue* (Cambridge, Cambridge University Press, 1983).

¹¹ Stewart, «Life and Writings of Adam Smith», p. 313.

riza por un notable realismo, es decir, aceptaba que el Estado, dada la «sociedad asocial» de las relaciones internacionales europeas, era un instrumento de seguridad necesario, no obstante lo cual elaboró un plan para fomentar la paz. Si los Estados tenían gobiernos liberales, se abrían a los extranjeros y potenciaban el comercio con otros Estados similares en una liga liberal, de ahí se seguiría la paz; los Estados serían refrenados por quienes pudieran morir en una guerra, y la conciencia generalizada de que las ventajas mutuas de las interrelaciones comerciales serían destruidas por la guerra resultaría igualmente importante. Una de las dificultades del argumento de Kant es que es problemático especificar con precisión qué factor previene la guerra; otra es la sospecha de que un Estado liberal podría ver un rival no liberal como una afrenta total a su modo de vida... algo que en realidad podría intensificar el conflicto geopolítico¹².

Fue la última de las condiciones de Kant —la referente a las tendencias pacíficas del comercio internacional— la que terminaría dominando el liberalismo del siglo XIX. La teoría capitalista en general sostenía que incluso los Estados ricos se beneficiarían del desarrollo de los Estados pobres gracias a su ventaja comparativa: en el supuesto de que las naciones ricas fueran lo suficientemente flexibles para avanzar hacia la producción basada en el capital y en las capacidades técnicas, no había razón para que el mercado no se expandiera de tal forma que permitiera a todos los Estados prosperar al mismo tiempo. Pensadores como Richard Cobden y John Bright insistieron por tanto en que se crearía un mundo interdependiente en el que la prosperidad estaría al alcance de todos. Las guerras

¹² I. Kant, *La paz perpetua*. Cfr. M. Doyle, «Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs», *Philosophy and Public Affairs*, vol. 12, números 3 y 4 (1983); y P. Q. Hirst, «Peace and Political Theory», trabajo no publicado (1986).

no eran ya racionales: la época de la escasez había pasado, y era por fin posible que reinaran la paz y la prosperidad. Esta noble visión era, por supuesto, profundamente anti-política. El brindis favorito de Cobden era: «No a la política exterior»; sus concepciones se reflejan claramente en un discurso parlamentario:

El progreso de la libertad depende más del mantenimiento de la paz, la extensión del comercio y la difusión de la educación que de los trabajos de los gabinetes y ministerios de política exterior... [debería haber] tan poca relación como fuera posible entre gobiernos; tanta como fuera posible entre las naciones del mundo¹³.

Esto llevó a Cobden y Bright a rechazar toda intervención, incluso hasta el punto de oponerse tanto a consideraciones relativas al equilibrio de poder como a las demandas nacionalistas de ayuda de los pueblos que luchaban por su libertad. No todos los liberales fueron tan coherentes; la política exterior del Partido Liberal bajo Gladstone, por ejemplo, funcionaba según principios bastante tradicionales (con la salvedad de que las ocupaciones, singularmente la de Egipto, se justificaban apelando a la razón «moral» de que contribuirían al progreso de pueblos bárbaros que más adelante podrían tener su lugar entre las naciones del mundo). Sin embargo, el deseo de abolir la guerra, en gran parte poniendo cortapisas a la independencia de los Estados individuales, ha seguido siendo fuerte; fue más poderoso que nunca en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, con la creación de la Liga de Naciones.

Más tarde habrá ocasión de analizar hasta qué punto el liberalismo ha conseguido, dentro de los límites de su ét-

¹³ R. Cobden, *Political Writings*, vol. 2, p. 377, citado en A. J. P. Taylor, *The Troublemakers* (Londres, Paladin, 1969), p. 49.

ca general, explicar la incidencia de dos guerras mundiales. Sin embargo, merece destacarse aquí lo esencial de la explicación que da el liberalismo al resurgimiento de la lucha geopolítica. Tal explicación se expresa de forma clásica en el célebre *Imperialism*, de John Hobson. Hobson escribía como liberal al que desagradaba el paso del imperialismo informal del libre comercio a la adquisición formal de territorio que exigía el «nuevo imperialismo» de finales del siglo XIX. Era lo suficientemente consciente de las realidades de la economía internacional como para comprender que las posesiones imperiales generalmente eran caras, y suponían una terrible sangría de recursos —argumento ampliamente apoyado por los modernos estudiosos. El problema de este argumento racionalista en contra del imperialismo es que no logró explicar la guerra de Suráfrica contra los bóers. Si el imperialismo era económicamente irracional, ¿no significaba esto que los actores sociales actuaban de forma extremadamente irracional, incapaces de calcular sus propios intereses? Si esto fuera cierto, ¿no significaba el final de todas las esperanzas liberales? Hobson rechazaba este pesimismo advirtiendo que la guerra podía explicarse de forma racional. Lo que no era racional para la nación y para la comunidad económica en su totalidad sí lo era para un particular sector de la comunidad económica¹⁴. Los intereses en cuestión eran los de las finanzas internacionales y judías. Tales intereses dependían de los beneficios excesivos que se derivaban de una economía subconsumista: una economía en la que existía una distribución de la renta injusta y poco sabia. Todo esto resultaba reconfortante para Hobson: la guerra seguía siendo explicable en función de hechos sociales, y seguía siendo innecesaria en el mundo moderno una vez que la economía capitalista fuera ligeramente modificada.

¹⁴ J. A. Hobson, *Imperialism* (Londres, James Nisbet, 1902), p. 51.

Marxismo

Luchar contra un enemigo influye en las propias ideas. A ningún pensador se aplica esta máxima con más fuerza que a Karl Marx. *El Capital* era una crítica de la economía política, y esto llevó al pensamiento de Marx a compartir supuestos clave con el liberalismo, el más importante de los cuales comentaremos en seguida. Sin embargo, el marxismo es más amplio que el propio Marx, y se harán notar diferencias cruciales entre él y el liberalismo. En general, el pensamiento de Marx es más atractivo, incluso más noble, que el de sus descendientes; y es también sociológicamente ingenuo.

La diferencia fundamental entre el pensamiento de Marx y el del liberalismo clásico se refiere a la clase. Marx insistió en que aquellos derechos políticos de ciudadanía que los revolucionarios franceses resaltaban no eran suficientes en sí mismos para garantizar la libertad humana generalizada. Más que el derecho de sufragio universal, lo que importaba era la desigualdad establecida entre quienes poseían los medios de producción y quienes, sin tales medios, estaban obligados a trabajar para ellos. En la obra de Marx se sigue de esto la idea fundamental del Estado, idea relativa a su funcionamiento *interno*: el Estado no es nunca una fuerza neutral que represente el interés general. Por el contrario, el Estado encarna los intereses de la clase dominante; las reglas que produce sirven por consiguiente a los intereses de algunos y no a los de todo el pueblo¹⁵.

Como es bien sabido, Marx tuvo ocasión de ir más allá de esta forma de extremo reduccionismo social, similar en sí mismo a la forma más ingenua de liberalismo. En *El 18 brumario de Luis Bonaparte* sugirió que el Estado podía

¹⁵ La expresión más elocuente de esta concepción data de 1848, en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

alcanzar una «autonomía relativa» logrando un equilibrio entre sectores rivales de la clase dominante¹⁶. Este análisis ha cobrado un *status* canónico para muchos marxistas occidentales contemporáneos, especialmente cuando tratan de explicar el moderno Estado de bienestar... cuya mera existencia parece contradecir al marxismo. Tales teóricos sostienen que la autonomía relativa del Estado le permite imponer medidas de bienestar que benefician a los intereses del capital a largo plazo, tanto para garantizar la estabilidad como para crear una mano de obra cualificada y productiva. Sin embargo, los marxistas continúan enfatizando que el conflicto de clases finalmente dará paso a la «desaparición del Estado»: una fraseología excesivamente fiel a la del sueño liberal de Spencer. Marx sostenía la idea de que podría ser necesaria una dictadura del proletariado durante las fases finales de la lucha de clases, y Stalin añadió a esto la creencia de que la lucha de clases se intensifica cuando se acerca a su final; pero el reconocimiento de que un Estado revolucionario podría centralizar plenamente el poder no era obstáculo para la idea fantástica de que tales Estados tratarían luego de abolirse a sí mismos. De acuerdo con esta concepción, el Estado no tiene una realidad fundamental en sí mismo, y por consiguiente no es necesario pensar de qué modos puede controlarse el poder político.

Marx esperaba que el capitalismo fuera destruido den-

¹⁶ Los marxistas modernos, quizá el modo más destacado Poulantzas, que intentan admitir cierta «autonomía relativa del Estado», se han apoyado en gran medida en este argumento de Marx. *Vid.* también R. Miliband, *The State in Capitalist Society* (Nueva York, Basic Books, 1969); P. Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (Londres, New Left Books, 1974); G. Therborn, *What Does the Ruling Class Do When it Rules*, (Londres, New Left Books, 1978); y C. Offe, «Structural Problems of the Capitalist States», *German Political Studies*, vol. 1 (1974). Una visión general útil es la de M. Carnoy, *The State and Political Theory* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1984).

tro de un futuro previsible como resultado de las actividades de la propia clase trabajadora. Es sorprendente que Marx no siguiera a Hegel en el énfasis en que las actividades *externas* de los Estados avanzados, y en particular su tendencia a extender su imperio, podrían conjurar el cambio revolucionario¹⁷. En realidad, el aparato conceptual de Marx no tenía en absoluto lugar para las actividades externas de los Estados. Dentro de su sistema de pensamiento se consideraba que las clases eran transnacionales, y fue esta herencia intelectual lo que hizo que los miembros de la Segunda Internacional llegaran a su famoso congreso de 1914 suponiendo que la clase trabajadora como un todo no lucharía en lo que se consideraba una guerra capitalista.

Friedrich Engels tuvo alguna premonición de la gran destrucción que la guerra industrial conllevaría¹⁸. Sin embargo, fue Lenin quien proporcionó una alternativa plenamente desarrollada dentro del marxismo al propio pensamiento de Marx sobre estas cuestiones¹⁹. El logro fundamental de Lenin fue reconocer que los Estados vivían dentro de la sociedad capitalista. Lo que más le preocupaba era el modo en el que, en su opinión, las necesidades de los diferentes capitalismo nacionales conducían de forma natural al conflicto geopolítico. Su argumentación trataba de explicar los orígenes de la Primera Guerra Mundial en función de rivalidades coloniales desplazadas. Lenin difería de Hobson en que no creía que el mercado interior capitalista pudiera expandirse lo suficiente como para absorber la producción excedentaria;

¹⁷ A. O. Hirschmann, *Essays in Trespassing* (Cambridge, Cambridge University Press, 1981).

¹⁸ W. B. Gallie, *Philosophers of War and Peace* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978).

¹⁹ De modo notable en V. I. Lenin, *Imperialismo, la fase superior del capitalismo*.

Lenin consideraba que la búsqueda de mercados era absolutamente inherente a la naturaleza del capitalismo.

En cierto sentido, el argumento de Lenin apenas es marxista en absoluto: admite la importancia prioritaria de los Estados. Sin embargo, puede mantenerse una orientación marxista fundamental insistiendo en que todo Estado europeo fue impulsado a acciones particulares porque estaba controlado o influido por sus capitales nacionales. Hemos de subrayar que lo que subyace a esta línea de argumentación marxista es una observación simple, inquietante y profunda. El capitalismo se desarrolla de forma desigual en distintos lugares del mundo. El deseo de irrumpir en los mercados establecidos por parte de un grupo particular de capitalistas nacionales conduce, de acuerdo con esta perspectiva, a que se produzca una guerra. Y Lenin daba la bienvenida a este resultado, pues en 1917 había dado en creer que era más probable que el socialismo se estableciera en la situación de fluidez (sobre todo, por un colapso de las fuerzas coercitivas del Estado) que seguía a una derrota en la guerra²⁰.

Es necesario hacer una leve digresión en este punto. La teoría de Lenin era dinámica, tal como lo había sido la teoría de Marx de las relaciones entre clases en el interior de una sociedad capitalista. Pero existen autores marxistas que han producido teorías estáticas, funcionalistas. Muchas de estas teorías tratan de explicar el fracaso de los trabajadores para comportarse tal como prescribía la revolución. En años recientes ha recibido mucha atención una sorprendente teoría de este tipo que se centra en las relaciones externas. Los teóricos del capitalismo como sistema mundial han sugerido que el «núcleo» de la economía capitalista explota sistemáticamente a las regiones

²⁰ R. Gilpin, *The Political Economic of International Relations* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987), capítulos 1 y 2.

«periféricas» del mundo²¹. Lenin había argumentado, efectivamente, que el núcleo del capitalismo no se mantiene siempre en el mismo lugar y que los Estados en auge, en representación de sus capitalistas, pueden desafiarse cualquier ordenación particular de la economía política mundial. Aunque no hay nada en la teoría de sistemas mundiales que descarte el reconocimiento de procesos de este tipo, el principal interés de sus defensores, y particularmente de los que tratan de explicar la «dependencia» del Tercer Mundo contemporáneo, ha consistido en sugerir que las relaciones de explotación entre el núcleo y la periferia serán fijas y estables. Tales teóricos siguen los pasos de Karl Kautsky, quien se enfrentó a Lenin aduciendo que los capitalistas serían lo suficientemente inteligentes para dejar a un lado las diferencias que les separaban.

Realismo

Existe una similitud fundamental entre el modo en que el liberalismo y el marxismo contemplan el Estado: ambos lo ven como un fenómeno secundario, y suponen que su carácter y su fuerza resultan de la influencia que ejercen sobre él las fuerzas de la sociedad. En contraste con esto, aquellos pensadores que reunimos, quizá arbitrariamente, bajo el término de realistas, no comparten en modo alguno esta concepción. Son los pensadores estatistas en sentido puro.

Por lo que se refiere al funcionamiento interno del Esta-

²¹ Existe muy abundante literatura que así lo afirma. El libro de A. G. Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (Nueva York, Monthly Review, 1967) defiende vigorosamente este punto de vista en relación al caso de la moderna América Latina; Wallerstein, en *The Modern World System* (Nueva York, Academic Press, 1974), utiliza los conceptos analíticos para explicar el desarrollo histórico.

do, los realistas insisten en que el mantenimiento del orden, es decir, la prevención de la predación y el terror, es un bien en cualquier sentido. Aunque es cierto que un Estado puede convertirse en un monstruo por derecho propio, como demostraron tanto los asirios como Pol Pot, hemos de recordar que el argumento más básico de Hobbes consistía en que la paz era necesaria para que pudieran tener lugar la producción, el intercambio y la prosperidad²². Más en general, los realistas señalan que las ideas de abolir el Estado —que comparten los liberales extremistas pasados o presentes y los marxistas— sólo pueden tener sentido en Estados nacionales en los que exista un elevado nivel de orden público; los pensadores liberales, por ejemplo, no tienen en cuenta que la abolición del Estado puede devolvernos a la jungla, como en Beirut y en Belfast. Quizá no sea sorprendente que el sentimiento de lealtad que suscita un Estado, y más en particular una noción de Estado, tiende a ser mucho más poderoso que el que suscitan ideologías transnacionales más difusas, como el marxismo y el liberalismo. La presencia de un Estado permite la paz en las relaciones sociales dentro de las sociedades.

La importancia del mantenimiento del orden por parte del Estado puede observarse con la mayor claridad en el mundo subdesarrollado. La tarea a la que se enfrentan los países del Tercer Mundo es la de construir un Estado nacional: es precisa una presencia más fuerte del Estado por razones de seguridad, para establecer el orden y para crear el *matériel* humano adecuado sin el que la modernización es imposible²³. Otros autores han llamado la aten-

²² K. Thomas, «Social Origins of Hobbes's Political Thoughts», en K. C. ed., *Hobbes Studies* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1965).

²³ S. Huntington, *Political Order in Changing Societies* (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1968).

ción sobre la centralidad del Estado en la propia industrialización. Los países europeos continentales que siguieron a Inglaterra en el camino del desarrollo económico vieron la necesidad de forjar vínculos institucionales elaborados entre la industria, los bancos y la burocracia estatal. Los «industrializadores tardíos», para utilizar la expresión con la que Alexander Gerschenkron describe a Alemania y Rusia, estaban mal equipados para enfrentarse a competidores extranjeros ya establecidos; el capital era escaso, pero el ritmo del movimiento industrializador internacional presionaba a aquellas naciones que se industrializaron tardíamente para que desarrollaran empresas grandes y productivas²⁴. Enfrentadas a tales circunstancias, era muy natural que el Estado llegara a desempeñar un papel más directo en el desarrollo industrial.

Es, sin embargo, en el ámbito *externo* donde el realismo ha hecho su principal contribución a la teoría del Estado y, en general, a la teoría social como un todo. La percepción fundamental de toda esta escuela se expresa nítidamente en este pasaje de Hobbes:

Sin embargo, en todas las épocas, los reyes y personas de autoridad soberana están en rivalidad continua a causa de su independencia, y se encuentran en el estado y la postura de gladiadores con sus armas prestas y fijos los ojos del uno en los del otro; es decir, sus fuertes, guarniciones y cañones en las fronteras de sus reinos, y espías permanentes en sus vecinos; lo que es una postura de guerra²⁵.

En su forma moderna, los estudiosos realistas de las relaciones internacionales pueden mostrarse de acuerdo en

²⁴ A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1962).

²⁵ T. Hobbes, *Leviathan*, parte primera, capítulo 13, citado en R. Aron, «La guerre est une caméléon», *Contrepoint*, vol. 15 (1974).

tres tesis al menos. En primer lugar, la vida política está dominada por naciones-Estados soberanas, ninguna de las cuales está sujeta a una autoridad superior a ella misma. En una palabra, el sistema internacional es anárquico. En segundo lugar, las relaciones entre los Estados son fundamentalmente competitivas, si bien esta necesidad no excluye las posibilidades de cooperación cuando conviene a los intereses de los Estados particulares. Finalmente, con un sistema así constituido, las naciones-Estado se comportan con una finalidad y en una dirección, obtando por aquello que incrementa su poder y el bienestar material de sus habitantes²⁶.

De estas proposiciones se siguen multitud de consecuencias. La más importante de todas es que un Estado debe intentar calcular las intenciones de los demás Estados. La búsqueda de seguridad por parte de un Estado significa que, en un sistema de Estados, tratará de llevar a cabo una política que busque el equilibrio de poder. Fue este el espíritu que animó a Francisco I cuando se alió con los turcos para controlar las pretensiones imperiales de España. Es posible, además, producir leyes o proposiciones geopolíticas sobre la base del simple hecho de que la política mundial, a diferencia de una sociedad nacional, no tiene una fuente única de autoridad. Es normal, por ejemplo, buscar la amistad del enemigo de nuestro propio enemigo; así, en el curso de los años treinta Japón trató de anexionarse China, a la que los Estados Unidos intentaron proteger. Sin embargo, expresándolo de forma más general podemos decir que es natural esperar, por ejemplo, que un área de Estados débiles se interponga entre los que son más poderosos: tales zonas contribuyen

²⁶ R. Keohane, «Realism, Neorealism and the Study of World Politics», en Keohane, ed., *Neorealism and its Critics* (Nueva York, Columbia University Press, 1986). Cfr. R. Gilpin, «The Richness of the Tradition of Political Realism», en el mismo volumen.

a alertar de un ataque militar. Es por tanto históricamente normal que Israel y Siria encuentren ventajosa la situación actual de Líbano. No obstante, tales leyes varían históricamente. Las sólidas ideas del almirante Mahan con respecto al papel que el poder marítimo había desempeñado en la historia de Europa, por ejemplo, quedaron anticuadas en el momento mismo en que fueron formuladas, en gran parte debido al hecho de que el ferrocarril se había convertido en un instrumento capaz de movilizar recursos en grandes extensiones terrestres, una situación cuyo mejor exponente teórico es sir Halford Mackinder²⁷.

El poder de un Estado está muy estrechamente vinculado a su riqueza, y las estrategias estatales frecuentemente tratan de maximizar esta para incrementar aquel. La doctrina clásica que expresa esta posición fue el mercantilismo, que disfrutó de gran éxito a finales de los siglos XVII y XVIII²⁸. Los trabajos más recientes en este área se conocen como «economía política internacional». Los realistas subrayan que fue el Estado quien dio el impulso inicial a la industrialización, y que en gran parte lo hizo por razones de su propia seguridad militar. Esto supuso un revés a las esperanzas liberales de que la mano oculta del crecimiento económico aportara la armonía política; el hecho de que la industrialización tuviera orígenes militares —cada Estado deseaba tener sus propias industrias militarmente relevantes— llevó a la acumulación de plusvalías, que a su vez fomentaron la rivalidad comercial internacional²⁹. El reconocimiento de tales fuerzas condujo, al final de la Segunda Guerra Mundial, a la creación de un subtipo de la teoría realista que ha recibido el

²⁷ P. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery* (Londres, Allen Lane, 1976), capítulo 7.

²⁸ *Vid.* W. E. Minchinton, ed., *Mercantilism* (Lexington, Massachusetts, D. C. Heath, 1969).

²⁹ G. Sen, *The Military Origins of Industrialization and International Trade Rivalry* (Londres, Frances Pinter, 1984).

nombre de «teoría de la estabilidad hegemónica»³⁰. De acuerdo con esta teoría, la sociedad industrial capitalista sólo tiene probabilidades de funcionar correctamente cuando una sola gran potencia liberal, históricamente Gran Bretaña o los Estados Unidos, realiza ciertas funciones para el sistema en su conjunto: de forma muy destacada, establecer una divisa, exportar capital para el desarrollo y absorber la producción excedentaria. Se sostiene que el desacuerdo en la política mundial resulta del hecho de que tal hegemonía ha tendido a liquidarse a sí misma cuando la potencia líder se agota al proporcionar una cuota excesiva de bienes públicos necesarios. Esto parece condenarnos a un ciclo sin fin de guerras, reconstrucciones y desafíos geopolíticos renovados a medida que el desarrollo desigual del capitalismo lleva a que a un Estado en alza desafíe un orden mundial que refleja la dominación de una gran potencia en decadencia.

Un desarrollo teórico reciente

Estas tradiciones clásicas difieren en su concepción de la naturaleza del Estado. La diferencia clave se refiere a la composición del Estado: ¿son las instituciones y los individuos que se encuentran dentro del Estado independientes, en algún sentido relevante, de la sociedad y capaces de actuar por cuenta de los «objetivos del Estado»? Los enfoques liberal y marxista entendían que el Estado estaba penetrado por clases o grupos y, por tanto, que en lo fundamental es reducible a fuerzas que emanan de la sociedad. Los realistas generalmente consideraban al Esta-

³⁰ La primera formulación de esta tesis fue la de C. Kindleberger, *The World in Depression, 1919-1933* (Berkeley, University of California Press, 1973). La elaboración más acabada de esta posición general es la de R. Gilpin, *War and Change in World Politics* (Cambridge, Cambridge University Press, 1981).

do capaz de actuar más o menos intencionalmente en persecución de objetivos económicos o geopolíticos más amplios, y lamentan abiertamente aquellas ocasiones en las que el Estado no es autónomo, en la creencia de que esto afecta de forma adversa a la dirección de la política exterior³¹.

Naturalmente, sería un hallazgo importante y significativo que el resto de este libro informara de que los Estados en realidad no importan mucho. Habrá ocasiones en las que *sí* pueda defenderse el punto de vista de que el Estado no lo es todo; pero, de hecho, situaremos y explicaremos algunos momentos clave en los que el poder del Estado ha afectado al curso de la historia. Como ya se ha afirmado que el Estado no es más que una de las fuentes de poder en la sociedad, habrá que describir aquellas ocasiones en las que actores estatales obligaron a otros actores a tomar determinados caminos históricos. Es difícil señalar tales ocasiones, ya que la historia es continua y multicausal: un Estado que actúa de forma decisiva frecuentemente ha sido moldeado de forma previa por las fuerzas sociales, del mismo modo que la nueva situación que ha creado volverá a atraer sobre ella la atención renovada de esas otras fuerzas. Pero la tarea no es en modo alguno imposible. Nuestro modelo en este enfoque puede ser la descripción de Adam Smith de la interacción de la política y la economía en el desarrollo del comercio en la historia europea.

Teóricos recientes del Estado se han interesado principalmente por la naturaleza exacta de la «autonomía» estatal o, para usar terminologías diferentes, por la utilidad de trazar distinciones entre Estados «fuertes» y «débiles», y entre los que tienen o no mucha «capacidad» estatal³².

³¹ G. Kennan, *American Diplomacy, 1900-1950* (Chicago, University of Chicago Press, 1951).

³² Para una discusión sobre los Estados «débiles» y «fuertes» *véase*

Estas distinciones no son en realidad más que una reescritura de los conceptos clave de la teoría social clásica. Sin embargo, recientemente se ha producido un desarrollo teórico nuevo, y deseamos dedicarle especial atención. Michael Mann ha sostenido que el poder estatal tiene dos dimensiones: la despótica y la infraestructural³³. El poder despótico del Estado es grande cuando este puede actuar arbitrariamente, libre de constricciones constitucionales. Sin embargo, el ruido y la furia del poder significa poco si las órdenes no se traducen en realidades. La dimensión infraestructural del poder estatal —la capacidad de penetrar en la sociedad y organizar las relaciones sociales— es igualmente importante. El carácter de esta distinción se hará más evidente en el transcurso del presente libro. Sin embargo, la mera distinción nos permite problematizar y profundizar de inmediato nuestra comprensión de las nociones de fortaleza y autonomía del Estado; aunque no abandonaremos estos términos, la claridad analítica aumenta concentrando la mayor parte de nuestra atención en el concepto, más aséptico, de capacidad estatal.

El hecho de que existan dos dimensiones del poder estatal impone cierto escepticismo respecto a Estados que tradicionalmente se consideraban fuertes. El Estado absolutista francés del siglo xviii no era, por ejemplo, ni

G. J. Ikenberry, «The Irony of State Strength: Comparativ Responses to the Oil Shocks in the 1970's», *International Organization*, vol. 40 (1986); y J. A. Hall, «States and Economic Development: Reflections on Adam Smith», en Hall, *States in History*. Una buena discusión de la «capacidad estatal» es la de T. Skocpol y K. Finegold, «State Capacity and Economic Intervention in the Early New Deal», *Political Science Quarterly*, vol. 97 (1982).

³³ S. Strange, «Supranationals and the State», en Hall, *States in History*. *Íbid.* también P. B. Evans, «Transnational Linkages and the Economic Role of the State: An Analysis of Developing and Industrialized Nations in the Post-World War II Period», en P. B. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol, eds., *Bringing the State Back in* (Nueva York, Cambridge University Press, 1985).

mucho menos tan poderoso como su rival constitucional británico. Tenía menos capacidad infraestructural para penetrar en su sociedad que su equivalente británico, a pesar de sus poderes despóticos, formalmente mayores. Esto se manifestaba de forma particularmente obvia en su incapacidad para imponer impuestos a la aristocracia, cuestión crucial que explica en gran medida los malos resultados de Francia en la competencia interestatal con su principal rival geopolítico. La conclusión que hay que subrayar es que la fortaleza del Estado depende en gran medida de su capacidad para penetrar y organizar una sociedad; las pretensiones del despotismo no deben admitirse sin más. Puede establecerse una observación similar respecto al Estado en la sociedad capitalista contemporánea. La intervención estatal en la sociedad, inicialmente indicativa de la capacidad de configurar las prácticas políticas y económicas internas, puede conducir a compromisos y obligaciones, especialmente con la creación de nuevos y afianzados grupos de presión, que atan al Estado en los períodos de decisión posteriores. Irónicamente, el Estado «fuerte» puede debilitarse a lo largo del tiempo por su propia acción y comenzar por tanto a parecer bastante «débil»³⁴. La mejor política industrial estatal para las sociedades capitalistas nacionales liberales y avanzadas es, como veremos, crear una gran infraestructura social de capacidades, conocimientos, créditos y competencia comunicativa que permita a los ciudadanos adaptarse a los cambios del mercado, y no gestionar la industria de forma directa.

También hemos de guardarnos de utilizar ingenuamente la noción de autonomía del Estado. Subrayemos

³⁴ Ikenberry, «The Irony of State Strength» y *Reasons of State* (Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1988), capítulo 8. Cfr. E. Suleiman, *Private Power and Centralization in France* (Princeton, Nueva York, Princeton University Press, 1988).

que existen *dos* definiciones clásicas de poder. Si una es la capacidad de forzar a alguien hacer algo (estableciendo una dinámica tal que lo que unos ganen siempre sea una pérdida para otros, y viceversa), otra tradición igualmente válida acentúa la *potenciación* que puede resultar cuando cuerpos autónomos cooperan, cuando diferentes fuentes de energía contribuyen a un objetivo común. Si la ausencia de presión social incrementa la autonomía estatal en un sentido, es importante insistir en que la colaboración con los grupos independientes de la sociedad civil puede incrementar la autonomía estatal en el sentido de *ser libre para* generar la mayor suma posible de energía social. El poder puede incrementarse cuando se comparte. Mann está equivocado en este contexto al considerar que el poder infraestructural se tiene *sobre* la sociedad; por el contrario, tal poder puede más bien derivarse —como veremos cuando analicemos la Inglaterra de comienzos de la época moderna y el Japón contemporáneo— de la coordinación estatal de servicios infraestructurales *para* la sociedad. Una implicación de todo esto es que los Estados totalitarios, que tratarán de controlar en vez de cooperar, que prefieren gobernar sobre una masa socialmente atomizada más que trabajar con grupos plurales de una sociedad civil autónoma, tienen menos probabilidades, a fin de cuentas, de generar eficazmente energía social³⁵. Hay que extraer una consecuencia obvia del descubrimiento de que el Estado puede estar demasiado distante de la sociedad, así como demasiado constreñido por ella: el obtener, ejercer y mantener la capacidad estatal es una cuestión extremadamente complicada, en la que existirá una perpetua dialéctica entre la autoridad que se toma el Estado y la que le es otorgada³⁶. Estudios comparativos e his-

³⁵ T. McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia* (Berkeley, University of California Press, 1988), capítulo 1.

³⁶ Cfr. M. Olson, *The Rise and Decline of Nations* (New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1982).

tóricos nos han revelado que la capital estatal es frecuentemente la consecuencia de la posición del Estado que encabeza una sociedad enfrentada con otras sociedades. Es claro que la presión geopolítica extrema incrementa la capacidad estatal³⁷. De igual modo, los países pequeños en la sociedad capitalista moderna no tienen más opción que la de desarrollar la capacidad estatal para responder de forma flexible al mercado por el cambio interno; no tienen la opción de los Estados de mayor tamaño, mejor aislados de los choques económicos internacionales y, por tanto, tentados a tratar de cambiar las reglas de la vida económica internacional³⁸. Sin embargo, persiste un elemento humano inevitable que va más allá de estas consideraciones estructurales. El poder del Estado depende, al menos en parte, de la inteligencia, destreza y conocimiento de los actores políticos; si se da a los actores sociales unas cartas determinadas, muchas cosas dependen del modo en que las jueguen.

Conclusión

Hemos discutido las interrelaciones entre los Estados, regímenes políticos y capitalismo; en este libro se arrojará luz empírica sobre estas cuestiones. En una obra de esta longitud no es posible examinar con detalle ni considerar cada una de las cuestiones que resultan del entrelazamiento de estas fuerzas. Sin embargo, podemos abordar cuestiones fundamentales centrándonos en episodios históricos que son relevantes para estos debates teóricos.

³⁷ A. de Tocqueville, *Democracy in America* (Nueva York, Vintage Books, 1945); y *The Old Regime and the French Revolution* (Nueva York, Anchor Books, 1955). Cfr. T. Skocpol, *States and Social Revolution* (Cambridge, Cambridge University Press, 1979).

³⁸ G. J. Ikenberry, «The State and Strategies of International Adjustment», *World Politics*, vol. 39 (1986).

Los primeros dos episodios se refieren a hechos históricos de reconocida trascendencia. El capítulo 2 ofrece una exposición de los orígenes del Estado. El capítulo 3 explica, desde una perspectiva comparativa, qué sucedió con el Estado europeo que permitió la aparición del capitalismo, a su vez progenitor de ese vasto incremento del poder colectivo humano que denominamos «industrialización». El capítulo 4 indica que la cobertura institucional que permitió aquel temprano dinamismo contenía en sí misma, al menos en la era industrial que creó, las semillas de su propia destrucción en la guerra mundial. El capítulo 5 se pregunta si la naturaleza de los Estados y sus interacciones desde 1945 han cambiado en algún modo que nos permita escapar a una repetición del desastre. El capítulo final vuelve a las cuestiones teóricas esbozadas aquí.

2. Los orígenes del Estado

La mayor parte de la historia humana no ha contado con la presencia de Estados. Los restos fósiles muestran trazas del *homo sapiens* hace cuarenta mil años, pero el primer Estado realmente reconocible no aparece hasta el año 3000 a.C. en Mesopotamia. Un cambio tan espectacular atrajo la atención de las teorías sociales clásicas. Tanto el liberalismo como el marxismo tenían concepciones esencialmente evolucionistas de los orígenes del Estado. Afirmaban que el modo de vida de los cazadores recolectores se hizo obsoleto y fue reemplazado por aquella «invención» de la agricultura posteriormente denominada «revolución neolítica»; se considera que la mayor complejidad social resultante, en ocasiones asociada a un progreso en la organización política con el paso de la banda a la tribu, condujo a la creación del Estado. El liberalismo considera la aparición del Estado desde el punto de vista funcional, como la creación de un órgano desti-

penetrar y organizar las relaciones sociales que la que tuvo el Estado imperial chino. Además, en India y en el islam el Estado era efímero y, por tanto, predatorio, lo que explica su efecto negativo sobre las relaciones económicas, si bien ambas sociedades, especialmente la india, probablemente carecieran en cualquier caso de poderosas fuerzas de mercado. Sólo cuando la competencia militar forzó a Estados duraderos a interactuar intensamente con sus sociedades civiles fue posible el progreso económico. Por supuesto, fue virtualmente *milagroso* que el progreso económico y el gobierno político liberal fueran de la mano, que el comercio tuviera una afinidad electiva con la libertad. El que esto fuera así representa una cierta vindicación de la teoría social liberal. Pero hemos de recordar que este desarrollo no hubiera tenido lugar sin el marco de orden y los servicios infraestructurales que, a nivel nacional, proporcionaba un Estado activo y que, internacionalmente, eran el resultado de la integración normativa establecida por la Iglesia cristiana latina. El Estado importaba, *pax* marxismo, desde el momento en que las fuerzas productivas precisaban una cobertura determinada, que construyera al mismo tiempo que apoyara.

Hablar de progreso sugiere un eurocentrismo ingenuo y ofensivo. Por consiguiente, debemos insistir en que el ascenso de Occidente no fue el resultado de un modelo predeterminado, como tampoco lo fue la creación de los Estados prístinos. Este hecho revolucionario también resultó del fracaso: de la incapacidad para mantener la civilización del Mediterráneo en su forma clásica. El eslabón más débil de la cadena, para utilizar la expresión de Trotski, permitió el cambio fundamental. Dicha revolución tuvo, por supuesto, tremendas consecuencias, pero en sí misma fue fortuita. Una vez más encontramos aquí pruebas en favor de la teoría neoepisódica de la historia, de la que somos partidarios.

Un conjunto de instituciones puede ser bueno para unas circunstancias determinadas, pero desastroso en otras. Ese parece haber sido el caso en las relaciones entre los Estados y el capitalismo. En el último capítulo, bosquejamos la naturaleza dinámica y progresiva de esa combinación en la Europa de comienzos de la era moderna. En este capítulo nos ocuparemos de la larga guerra civil europea que debilitó a Europa entre 1914 y 1945 y la llevó a perder su papel de líder; esa larga guerra que reculó a la Guerra del Peloponeso de la Grecia clásica en que cambió la configuración de la historia mundial. La combinación que había sido dinámica se mostró, una vez que la industria se aplicó a la guerra, catastrófica.

Obviamente, el hecho de que esto fuera así ha quebrantado completamente las esperanzas del liberalismo de que la difusión del comercio conllevaría la paz y el gobierno parlamentario. Pero necesitamos examinar con detalle los orígenes de las dos guerras mundiales. Más en concreto, la cuestión es la siguiente: ¿es cierto que la

combinación de Estados y capitalismo *industrial* explica por sí misma, como creen los realistas, la *débâcle* europea? Una explicación alternativa, representada de forma destacada en el marxismo, pretende llamar la atención sobre el impacto social de las clases sobre los Estados. Empezaremos examinando las clases trabajadoras y después consideraremos las relaciones de los capitalistas con sus Estados a finales del siglo XIX. A lo largo de este capítulo nos preguntaremos sobre el impacto de los regímenes políticos liberales. ¿Favorecieron la paz los regímenes liberales? ¿Hubiera garantizado la paz una extensión del principio liberal? El historial del liberalismo en su conjunto se mostrará ambivalente, como se verá con mayor claridad en la última sección de este capítulo, que trata de la reacción de los Estados liberales a las grandes fuerzas revolucionarias del bolchevismo y el fascismo, ambas engendradas por la derrota en la Primera Guerra Mundial, y que llegaron a conquistar una terrible prominencia en el período de entreguerras.

Trabajadores y Estados

Antes de 1914 existía una acusada diversidad en el modo en que las diferentes naciones-Estado trataban a sus clases trabajadoras. Un conjunto de variables explica esta diversidad. El estilo de la política seguida con la clase trabajadora variaba según el modelo de industrialización; las clases trabajadoras que se habían creado durante la industrialización, como la sueca, mostraron más adelante que constituían un buen material para un estilo corporativo de economía política. Igualmente importante era si existía o no una superposición de diversos conflictos¹.

¹ R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1959). [Ed. cast.: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Madrid, Rialp, 1979.]

Un ejemplo llamativo de esta situación era la superposición de la división religiosa al conflicto de clases en la Francia del siglo XIX: esta situación imponía que los adscritos a la izquierda fueran a un tiempo anticlericales y socialistas, muy al contrario de lo que ocurría en el caso británico, en el que los trabajadores disponían de una religión, el metodismo; durante mucho tiempo se ha creído que esto disminuyó la intensidad del conflicto de clases en Gran Bretaña durante el siglo XIX². Sin embargo, existe una tercera variable —la organización del Estado y las políticas que adopta— que es, con mucho, la más importante:

[...] el determinante principal de las formas de acción política adoptadas por los diversos movimientos obreros nacionales fue el papel del Estado y de los grupos sociales que afirmaba representar, pues, en el nivel del movimiento reivindicativo, existían claras similitudes entre ocupaciones similares en diferentes países. Además, es cierto que determinadas formas de interferencia gubernamental en las relaciones industriales transformaron sin duda en acción política lo que comenzó como protesta económica³.

Las injusticias económicas no empujan por sí mismas a las clases trabajadoras a adoptar ideologías revolucionarias, como sostuvo Lenin al atacar al *economismo* en el célebre *¿Qué hacer?* Lo que importa es el grado de presión del régimen estatal, el grado hasta el que, para expresarlo de forma diferente, los Estados siguen recurriendo a una tradición absolutista. Hemos de resaltar de inmediato un aspecto clave. La diversidad dentro de la clase trabajadora en su conjunto es determinada por la na-

² E. Halévy, *A History of the English People in the Nineteenth Century. Vol. I: England in 1815* (Londres, Benn, 1971).

³ D. Geary, *European Labour Protest, 1848-1945* (Londres, Methuen, 1984), p. 60.

cionalidad. ~~En el primer lugar, el modo de~~
~~Existe a este respecto una cierta asimetría en las relaciones de clase: los trabajadores están mucho más claramente atrapados dentro de sus naciones que los capitalistas, a cuya movilidad ya se aludió en el último capítulo.~~
 Esta sección tiene dos finalidades. En primer lugar, exponer el modo en que la política estatal creó diferentes grados de conciencia política en la clase obrera. En segundo lugar, investigar si las clases obreras influyeron de tal modo en sus Estados que puede considerárselas res-
 ponsables de las guerras del siglo xx.

El mejor modo de proceder es el de situar a cuatro países dentro de una tipología cuyos puntos polares son la inclusión y la exclusión. En el polo liberal e inclusivo de la tipología se encuentra Estados Unidos. Obviamente, el socialismo no ha existido en Estados Unidos en el sentido de un partido de masas de inspiración marxista que se apoya en elementos de la clase obrera comprometidos con un cambio social fundamental. Para comprender este resultado histórico es necesario entender el modo distintivo en que se fragmentó y canalizó la formación de clases en la era posterior a la Guerra Civil. La característica clave de la experiencia de la clase obrera americana durante este período fue la separación de la ocupación laboral de la política comunitaria en el sentido más amplio⁴. Las luchas entre obreros y patronos se desarrollaban en la fábrica, en tanto que la política local y nacional se organizaba en torno a coaliciones y cuestiones no clasistas. Esta separación cristalizó en los Estados Unidos del siglo xix por el surgimiento de los sindicatos y las maquinarias políticas. Por una parte, los sindicatos estaban en gran medida distanciados de la política electoral. Las activida-

⁴ I. Katznelson, *City Trenches* (Nueva York, Pantheon Books, 1981), p. 19.

des de los sindicatos fueron concentrándose en las cuestiones más bien restringidas de la ocupación laboral. Al mismo tiempo, las maquinarias políticas urbanas movilizaban a los ciudadanos en virtud de vínculos étnicos y de vecindad. Dirigidas por políticos profesionales, las maquinarias políticas edificaron alianzas que traspasaban las clases sociales, reuniendo a obreros sindicados y no especializados, grupos de clase media en vecindarios étnicos y miembros de la comunidad de comerciantes⁵.

Tres características de la situación americana explican por qué la organización de la clase obrera se desarrolló de este modo. En primer lugar, el país era tan diverso socialmente que era, y es, muy difícil que alguna causa lo domine. Esto no sólo se aplica a los obreros, sino también a la élite política. Las oleadas de inmigrantes alemanes, irlandeses y de otras naciones determinaron que la diversidad cultural y étnica tipificara los lugares de trabajo en Estados Unidos. Por consiguiente, mientras que las asociaciones obreras traspasaban esta diversidad étnica y cultural, las maquinarias políticas urbanas se basaban en ella y la reforzaban. Para ganar las elecciones, los políticos urbanos tenían que obtener el apoyo de sectores de grupos étnicos. Por consiguiente, «la oportunidad de que las comunidades étnicas entraran en el proceso político a consolidar la conciencia de grupo y a perpetuar la división de la ciudad, demográfica y políticamente, en componentes étnicos»⁶. No sólo el pluralismo étnico limitaba la organización de la clase trabajadora, sino que a las institucio-

⁵ M. Shefter, «Trade Unions and Political Machines: The Organization and Disorganization of the American Working Class in the Late Nineteenth Century», en I. Katznelson y A. Zolberg, eds., *Working-Class Formation* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1986), p. 197.

⁶ I. Katznelson, *Black Men, White Cities* (Nueva York, Oxford University Press, 1973), p. 87; también *idem*, *City Trenches*, cap. 3.

nes electorales partidistas del momento estas divisiones les resultaban bloques útiles para constituir alianzas. En segundo lugar, las luchas de clases tuvieron lugar únicamente en el ámbito industrial, porque el Estado no se oponía sistemáticamente a la clase obrera. La revolución americana había sido llevada a cabo por pequeños granjeros y artesanos tanto como por terratenientes y comerciantes. En consecuencia, los adultos varones blancos rápidamente obtuvieron los derechos de ciudadanía.

Hacia principios de la década de 1840, todos ellos, en todos los Estados, poseían el voto: cincuenta años antes que en cualquier otro lugar, cincuenta años antes del surgimiento de un movimiento obrero poderoso. Así, las demandas políticas obreras podían expresarse gradualmente como un grupo de interés dentro de una constitución política existente y de un sistema de partidos competitivo⁷.

Estos derechos ciudadanos estaban muy extendidos como resultado de la participación de las masas en los ejércitos de la Guerra Civil⁸. La peculiaridad de la situación americana es que el movimiento obrero nunca participó en la consecución de los derechos de ciudadanía: estos derechos o estaban consagrados en la idea misma de América, o se consiguieron tempranamente como resultado de la guerra basada en la conscripción. Esto es importante, pues es probable que la preeminencia de una clase obrera dependa del grado en el que haya participado

en la lucha por la ciudadanía⁹. Finalmente, la descentralización y fragmentación del Estado americano también afectaron a la formación de la clase obrera. El sistema político americano del xix, basado en «tribunales y partidos», estaba relativamente subdesarrollado en términos comparativos¹⁰. Así como la demanda de voto no era un rasgo central de la lucha obrera, la ausencia de un gobierno fuerte y centralizado eliminaba al Estado como objetivo a atacar. El gobierno se convirtió en un vehículo para la movilización de obreros y otros ciudadanos; era un medio de integración política. La ciudadanía y la democracia electoral llegaron antes, no después del surgimiento de un Estado burocrático; no existía un «antiguo régimen» al que derribar.

Merece la pena detenernos un momento para examinar esta posición liberal polar. Desde los años treinta historiadores y científicos sociales europeos han investigado la cuestión de «por qué no hay socialismo en Estados Unidos», para utilizar el título de un notable libro que escribió Werner Sombart sobre esta cuestión¹¹. Esta formulación sugiere que Estados Unidos es peculiar, una desviación de la norma adecuadamente entendida por el marxismo, en la que una clase obrera cada vez más organizada presta sus fuerzas para entrar en batalla con el capitalismo a fin de alcanzar el socialismo. Esta forma de plantear la cuestión puede ser completamente errónea. Si existe una norma «natural», quizá sea la de Estados Unidos¹². Louis Hartz expresa este punto de vista con claridad

⁷ M. Mann, «Citizenship and Ruling Class Strategies», *Sociology*, vol. 21, 1987, p. 342.

⁸ *Ibid.* T. Skocpol y G. J. Ikenberry, «The Political Formation of the American Welfare State in Comparative and Historical Perspectives», *Comparative Social Research*, vol. 6 (1983); A. S. Orloff y T. Skocpol, «Why not Equal Protection? Explaining the Politics of Public Social Spending in Britain, 1900-1911, and the United States, 1880-1920», *American Sociological Review*, vol. 49 (1984).

⁹ *Ibid.* I. Katznelson, «Working-Class Formation: Constructing Cases and Comparisons», en Katznelson y Zolberg, *Working-Class Formation* pp. 37-8.

¹⁰ *Ibid.* S. Skowronek, *Building a New American State* (Nueva York, Cambridge University Press, 1982).

¹¹ W. Sombart, *Why Is There No Socialism in the United States?* (White Plains, Nueva York, M. E. Sharpe, 1976).

¹² Mann, «Citizenship and Ruling Class Strategies». *Ibid.* también

dad cuando sostiene que sólo hubo movimientos obreros en las sociedades con un pasado feudal que se hicieron revolucionarias: ningún país recientemente colonizado —Argentina, Estados Unidos o Australia— desarrolló un movimiento marxista de importancia, fundamentalmente debido a que sus respectivos Estados se mantuvieron liberales¹³.

El caso británico está bastante cercano a esta posición polar. Hemos visto que la historia del Estado británico hizo que, en términos generales, fuera liberal. Durante un breve período pareció, sin embargo, que el temor provocado por la revolución en Francia conduciría a la represión generalizada. Es interesante que este impulso represivo no duró durante largo tiempo en Gran Bretaña: las *Combination Acts** fueron derogadas en 1824, y el sufragio fue ampliado por primera vez en 1832. La naturaleza del Estado británico explica este desarrollo:

Toda la historia previa de Inglaterra —el hecho de que se apoyara en una armada y no en un ejército, en jueces de paz no asalariados y no en funcionarios reales— había puesto en manos del gobierno central un aparato represivo mucho más débil del que poseían las fuertes monarquías continentales. (...) El desarrollo del industrialismo había comenzado mucho antes en Inglaterra y haría innecesario para la burguesía inglesa un elevado nivel de dependencia con respecto a la Corona y a la aristocracia terrateniente. Por último, las clases altas terratenientes no nece-

A. R. Zolberg, «How Many Exceptionalisms?», en Katznelson y Zolberg, *Working-Class Formation*, especialmente pp. 399-400.

¹³ L. Hartz, *The Liberal Tradition in America* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1955). Vid. también C. Waisman, *Reversal of Development in Argentina* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987).

* Leyes dictadas en Gran Bretaña en 1799 y 1800 que declararon ilegales los sindicatos. En su versión definitiva, sentenciaban a tres meses de prisión o dos de trabajos forzados a cualquier obrero que incitara a la huelga o que se asociara con otro para obtener un incremento salarial o reducir la jornada de trabajo. [*N. del T.*]

sitaban reprimir a los campesinos. Lo que querían sobre todo era desprenderse de ellos para poder dedicarse a la agricultura comercial; en general, las medidas económicas bastaron para proporcionar la mano de obra que requerían. Logrando el éxito económico de este modo particular, tenían escasa necesidad de recurrir a medidas políticas represivas para mantener su licérazgo¹⁴.

Lo que Barrington Moore está poniendo de relieve aquí es que la sociedad capitalista era claramente anterior al surgimiento de la organización industrial y, por tanto, a la clase obrera. El pasado feudal no era un factor dominante del presente, y no era necesario crear una sociedad capitalista bajo la égida activa de ese legado.

La presencia de un Estado liberal en Gran Bretaña, es decir, de un Estado que no trataba deliberadamente de reprimir a las organizaciones obreras, hizo que los obreros consideraran racional concentrar sus luchas en el lugar de trabajo una vez derogadas las leyes represivas, en vez de dirigirlas contra el propio Estado. Quizá el sistema británico tuviera una cierta suavidad debido al hecho de que era la primera nación industrial; no era necesario llevar los conflictos a ningún extremo absoluto, puesto que el sistema tenía los suficientes recursos financieros para eliminar el descontento empleando dinero. Probablemente fuera crucial, sin embargo, un sorprendente «círculo virtuoso» de expectativas que se autopotenciaban. La política liberal generaba el conflicto industrial en lugar de una lucha política sin cuartel. Sin embargo, tal vez fue la propia ausencia de una lucha política lo que fomentó el mantenimiento de la política liberal en primer término. El mejor modo de analizar este círculo es considerando el desarrollo de la extensión del sufragio. En fe-

¹⁴ B. Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston, Beacon, 1969), p. 444.

cha tan tardía como 1914, Gran Bretaña no era una sociedad democrática en el sentido de que el sufragio se hubiera ampliado mucho: ciertamente, no se había extendido ni mucho menos lo suficiente para igualar el sufragio de adultos varones, casi universal, de Francia, Alemania y Estados Unidos. Esto era importante. Por una parte, limitaba los temores de la clase media: tenían que hacer frente a la militancia obrera, pero no tenían que contar con una clase trabajadora políticamente motivada, capaz de crear una nueva forma de sociedad; y ese era precisamente el temor que acosaba a muchos de sus equivalentes europeos. Esto, por otra parte, creaba un sentimiento de lealtad entre la clase trabajadora. Los obreros tenían que luchar para alcanzar derechos de ciudadanía, y el hecho de que éstos no fueran completos les daba un sentimiento de identidad.

Estos comentarios sobre el caso británico pueden resumirse considerando la figura de Arthur Henderson y el Partido Laborista, que tanto contribuyó a formar. Ross McKibbin ha observado que Henderson fue (indirectamente) un fundador del Club de Fútbol Newcastle, un distinguido predicador laico metodista y un eminente jugador de bolos... además de organizador del Partido Laborista¹⁵. Esto permite captar claramente la fortaleza y autonomía de las asociaciones del laborismo británico; eran ámbitos con vida propia, en los que la política no tenía una importancia exagerada. De acuerdo con esto, el laborismo combatió lealmente en la Primera Guerra mundial, y no hubo muchos síntomas de que sectores importantes de él albergaran nociones demasiado distintivas de la nación. Durante la guerra, aquellos socialistas de clase media que criticaban un conflicto en el que muchos sindicalistas morían produjeron un gran resentimiento en los sindicatos. Así, cuando el Partido Laborista ganó finalmente una elección general en 1918, no fue accidental que los sindicatos se aseguraran, instituyendo el «voto en bloque» en los congresos del partido, de que serían ellos, y no los socialistas de clase media, quienes controlarían el destino último del partido... como sigue ocurriendo¹⁶. No se trataba de un partido socialista; su nombre era el adecuado: el de partido *laborista*.

En este punto, desplacémonos al otro extremo de la escala. Los países que se agruparon en ese otro extremo fueron aquellos que tenían un pasado absolutista y *anciens régimes* tradicionales instituidos. Los Estados de tales sociedades pretendían, no en última instancia por razones de competencia militar, «hacer la revolución desde arriba en sus sociedades», es decir, modernizar sus economías al tiempo que conservaban intactas sus estructuras sociales tradicionales. En el capítulo quinto nos ocuparemos del problema de hasta qué punto era factible tal combinación.

La posición absolutamente polar era la de la autocracia zarista de finales del xix y principios del xx. Es cierto que la toma de tierras por los campesinos en 1917 fue un factor vital que hizo posible la revolución, y no en último término porque impidió que en el campo se reclutaran fuerzas reaccionarias para acabar con los experimentos sociales de San Petersburgo y Moscú. Es igualmente cierto que la derrota en la guerra debilitó al *establishment*. Sin embargo, hubo presiones genuinamente revolucionarias durante muchos años antes y estas se originaron en la clase obrera de San Petersburgo y Moscú. Es interesante que los trabajadores revolucionarios fueron por una vez mucho más radicales que sus líderes, y en momentos cruciales incluso el Partido Bolchevique secundaba a sus trabaja-

¹⁵ R. McKibbin, «Why Was There no Marxism in Great Britain?», *English Historical Review*, vol. 100 (1984).

¹⁶ R. McKibbin, *The Evolution of the Labour Party, 1910-24* (Oxford, Oxford University Press, 1974).

dores, en lugar de dirigirlos. Esto resulta irónico considerando el análisis que hace Lenin del economicismo en su obra *¿Qué hacer?*, aunque siempre es importante recordar que la obra intelectual de Lenin se subsumía en su carrera como revolucionario: en 1917 ya no suscribía este panfleto, de fecha anterior. Los trabajadores hicieron una contribución vital a la revolución: la revolución rusa probablemente puede considerarse la única revolución de la clase obrera de toda la historia mundial, aunque merece una mención honorífica en las filas de la izquierda el intento de revolución de la clase obrera alemana en 1919.

El gobierno aristocrático zarista trataba de ser el padre del pueblo entero. Como consecuencia, sospechaba (recordando de algún modo a la China imperial) de cualquier organización o agrupación intermedia que se pusiera entre él y el pueblo. La cultura política ofrecía un terreno muy pobre para el capitalismo. No existía una tradición de propiedad privada, había una tradición legal limitada y era absolutamente inexistente la tradición contractualista que había caracterizado a la Europa feudal. A finales del siglo XIX tuvo lugar un debate enconado entre quienes deseaban occidentalizar a Rusia y quienes deseaban permanecer leales a las tradiciones nativas. Ninguna de las partes ganó definitivamente el debate, por lo que el Estado ruso titubeó entre ambas opciones; al actuar así, logró obtener lo peor de ambos mundos. Los occidentales introdujeron el capitalismo, pero no lograron, a pesar de varios informes gubernamentales, introducir la organización sindical básica que hubiera podido limitar el conflicto de clases al mundo laboral¹⁷. En las ocasiones en las que se intentó esta política, muy en particular in-

¹⁷ T. McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*, (Berkeley, University of California Press, 1988).

mediatamente después de la revolución de 1905, pareció probable su éxito¹⁸. Sin embargo, dicha política no se mantuvo de forma coherente. Los tradicionalistas trataron de integrar a los trabajadores directamente en el Estado, por ejemplo, con el movimiento de Zubatov. Una consecuencia importante del fracaso de este movimiento fue que los trabajadores, cuyas esperanzas habían sido alentadas por el Estado, culparon al Estado y no a los patronos o al mercado. Este es uno de los factores que explican por qué la autocracia finalmente se deslizó hacia una política de represión total. Su propia política produjo trabajadores con conciencia política revolucionaria. Estos trabajadores no tenían mucho donde elegir: debían destruir la autocracia para hacer posible cualquier otra cosa.

El autoritarismo burocrático de la Alemania imperial era de tipo bastante diferente. El Estado alemán nunca trató de socavar el principio jerárquico del que dependía el capitalismo; carecía de cualquier elemento del populismo monárquico que tantas expectativas suscitó entre los obreros rusos. Esta combinación del autoritarismo con el capitalismo se adecuaba a las clases sociales dirigentes. Los *Junker*, exportadores de grano, militaristas en grado sumo, lograron afirmar sus intereses porque se encontraban sobrerrepresentados en el sistema estamental de Prusia. Este poder les permitió demandar protección agrícola, lo que a su vez contribuía a mantener su posición. La situación era exactamente opuesta a la de Inglaterra: allí, la aristocracia estaba mucho menos enquistada en el poder y, de todos modos, al estar ya muy introducida en el comercio, tenía mucho menos que perder. La burguesía

¹⁸ V. Bonnell, *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-14* (Berkeley, University of California Press, 1984); McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*.

alemana también difería de su equivalente británica en que era fundamentalmente leal a un Estado autoritario. Tal lealtad no es difícil de explicar. Prusia había unido a Alemania. Esto suscitaba la adhesión de la clase media por razones nacionalistas y económicas; todos los intereses comerciales se beneficiaron de la creación, inicialmente a través de la *Zollverein*, de mercados nacionales, así como del fomento de la industrialización por parte del Estado, aunque los grandes industriales resultaron particularmente beneficiados de la protección tarifaria. Y, lo que es igualmente importante, el Estado proporcionaba la infraestructura legal de la que dependía el capitalismo y era generalmente solícito con sus necesidades e intereses¹⁹. Esto no quiere decir que la burguesía ni siquiera intentara establecer un gobierno político liberal. Sin embargo, tales intentos fracasaron a causa de las divisiones regionales, que Bismarck utilizó con efecto devastador²⁰. Sin embargo, no cabe duda de que, *grasso modo*, la generalización que puede extraerse de semejante estrategia tardía de desarrollo es que este caso contradice abiertamente la pretensión liberal de que capitalismo y libertad van de la mano. Esa benéfica combinación caracterizó la primera aparición del capitalismo; su imitación escindió el capitalismo y el liberalismo.

En el Imperio Alemán existía un círculo vicioso en las relaciones entre Estado y sociedad que contrasta claramente con la situación en Gran Bretaña. El Estado guillermino trató de atraerse a la clase obrera con la «zanahoria» del sufragio y la legislación en materia de bienestar social, y de atemorizarlo por medio de diversos «palos»,

¹⁹ T. McDaniel *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*, capítulo 1.

²⁰ A. J. P. Taylor, *Bismarck* (Nueva York, Vintage Books, 1967); H. Kissinger, «The White Revolutionary: Reflections on Bismarck», *Daedalus*, vol. 95 (1968)

los más importantes de los cuales fueron las leyes antisocialistas en vigor entre 1878 y 1890. Fue esto último lo que resultó crucial para determinar el carácter de la clase obrera alemana. Los obreros fueron obligados a entrar en conflicto político con el Estado porque la legislación les impedía resolver sus asuntos en el frente puramente laboral. Una consecuencia de la atracción que ejercía el socialismo sobre los trabajadores fue que importantes segmentos de la clase media desarrollaron una mentalidad de tipo *bunker*: se sentían tan amenazados que abrazaron el Estado autoritario cada vez con mayor fervor. Es muy importante comprender que estos temores se hacían tanto más realistas a causa del sufragio de masas. La situación en su conjunto es clara. La represión política era una ruta peligrosa. La experiencia de la prisión, más que la de los salarios bajos, exacerbaba la acción social, en tanto que la presencia de un Estado represivo imponía que tal acción adoptara una forma política. A finales del siglo un Estado autoritario había engendrado el mayor y mejor organizado movimiento obrero de Europa, aunque ese movimiento no era revolucionario, ya que se decantó por un reformismo vigoroso y respetable.

Sean cuales sean las diferencias en los niveles de conciencia política, sólo podemos proponer una generalización respecto a la cuestión de si las presiones de las clases obreras ocasionan conflictos geopolíticos. La clase obrera de todos estos Estados estaba dispuesta a ir a la guerra por su país en 1914. Las élites británica y americana no estaban especialmente preocupadas por la presión de la clase obrera cuando consideraban cuestiones de política exterior, y lo mismo puede afirmarse de Rusia. Algunos historiadores revisionistas han sostenido, sin embargo, que los responsables de la política alemana estaban fundamentalmente influidos por la clase obrera. Han afirmado que el temor interno a la clase obrera animó a la élite a buscar la unidad nacional adoptando una política exterior agre-

siva²¹. Algunos políticos sí utilizaron un lenguaje que sugería tales temores y existe por tanto una parte de verdad en esta posición. Sin embargo, los propios revisionistas han sido revisados! La consideración detallada de los hechos sugiere que los temores expresados muchas veces eran «fingidos» por razones internas, como en 1912, cuando el ascenso de los socialistas demostró ser sumamente eficaz para tratar con el partido más intransigente de la época, el de la derecha tradicional. En privado se expresaban sentimientos diferentes: el canciller Bethmann-Hollweg, por ejemplo, estaba seguro de que la guerra no evitaría sino que *provocaría* la revolución social²². Lo más importante, no obstante, es que la élite política sentía que se podía confiar en la masa obrera en lo tocante a la política exterior, estimación que demostró su validez en la guerra.

Veremos más adelante en este capítulo que nuestra tipología general debe ser corregida para entender la relación de los trabajadores con el Estado en aquellas sociedades que experimentaron la turbulencia revolucionaria producida por la derrota en la guerra. Sin embargo, este es un momento oportuno para resaltar las variables que operan en la misma. El extremo liberal de la tipología es aquel en el que se permiten el pleno pluralismo social y político; el polo autocrático trata de destruir ambas cualidades. Hemos de formular de inmediato una observación absolutamente vital que se sigue de esta tipología. Michael Mann ha sostenido que la combinación del capital con la autoridad gozaba de gran predicamento en 1914, y que es muy probable que se hubiera mantenido con éxito; lo que supone afirmar que era probable que se conserva-

²¹ Uno de tales autores es H. U. Wehler, *The German Empire, 1871-1918* (Leamington Spa, Berg, 1984).

²² R. Kaiser, «Germany and the Origins of the First World War», *Journal of Modern History*, vol. 55 (1983).

ran las diversas combinaciones entre Estado y capital²³. Esta diversidad, sin embargo, fue destruida en la guerra. No cabe duda de que los capitalistas se aliaron con regímenes autoritarios, del modo más notable en Alemania: esto debilita el nexo entre comercio y libertad que había caracterizado a la experiencia de comienzos de la era moderna en Europa. Sin embargo, hay buenas razones que examinaremos en el capítulo 5, para creer que el industrialismo tardío y la competencia geopolítica puede inducir al reconocimiento de la sociedad civil y, por tanto, a un régimen político más benigno.

Mercaderes y héroes

Si las opiniones y actividades de la clase obrera no fueron responsables del incremento de la tensión geopolítica que finalmente condujo a la Primera Guerra Mundial, ¿ocurre entonces que la más importante de las demás clases capitalistas desempeñó un papel protagonista en ese incremento? ¿Qué hay de cierto en la afirmación de Lenin de que la guerra tuvo su origen en la naturaleza del capitalismo? Para responder a esta cuestión debemos reiterar una distinción crucial relativa a la naturaleza del capitalismo.

La sociedad capitalista era más grande que cualquier Estado en 1914, como lo había sido antes y lo es hoy. Si el funcionamiento de esa sociedad más amplia dependía del intercambio internacional, parecería *a priori* extremadamente improbable que los capitalistas favoreciera la guerra. ~~Esto es lo que sostuvo Norman Angell en *The Great Illusion* en 1909.~~ Este autor insistía en que la guerra llevaría el desastre económico tanto a quienes vencerían como a quienes perderían, y que «el capitalista no tiene

²³ Mann, «Citizenship and Ruling Class Strategies».

a potencias occidentales más bien reuñentes²⁸. Existe otra consideración general, que tiene aun mayor importancia. Los capitalistas franceses no necesitaban las colonias francesas ni como nuevos mercados ni como nuevos lugares de inversión. Lo que más llama la atención respecto a los capitalistas franceses de finales de siglo es su resistencia a invertir en las colonias; ciertamente, esas colonias, dada su pobreza, ofrecían pocas oportunidades al comercio. Los capitalistas franceses preferían invertir en Rusia, puesto que el desarrollo allí existente podía ofrecerles grandes beneficios²⁹. La conclusión a extraer es bastante pero clara. Las necesidades objetivas de los capitalistas no «causaron» el imperialismo francés. La situación era similar en Alemania. El éxito económico alemán surgió del comercio en los mercados avanzados. ¡Qué duda cabe de que el capitalismo alemán no estaba en trance de perecer por la carencia del Congo Belga, el trofeo más codiciado por los hombres de Estado imperialistas alemanes! Incluso la situación británica no era muy diferente. Las colonias, incluida India, revertían a la metrópoli beneficios económicos inferiores a las ganancias derivadas de las inversiones que se hacían en Argentina, por ejemplo; y a largo plazo el comercio en un mercado subdesarrollado resultó desastroso para la economía británica, permitiendo que quedara estancada desde el punto de vista tecnológico³⁰. Para Alemania, el modo más seguro de garantizar el fin del ascenso británico era haber esperado a que se agotara por sí mismo con el incremento del gasto

²⁸ R. Robinson, *The Rise, Decline and Revival of the British Empire* (Cambridge, Cambridge University Press, 1984); cfr. M. Doyle, *Empires* (Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1986).

²⁹ R. Aron, *Imperialism and Colonialism* (Leeds: Leeds University Press, 1959).

³⁰ L. Davis y R. A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire* (Nueva York, Cambridge University Press, 1986).

colonial. Esto hubiera sucedido rápidamente si se hubiera adoptado el catastrófico Plan de Chamberlain denominado Preferencia Imperial; y hubiera ocurrido de todos modos como resultado de un incremento de las reivindicaciones nacionalistas. Ciertamente, en el modo de funcionamiento de la política económica internacional en 1914 no había nada que indicara que la economía alemana no podría mantener un éxito cada vez mayor.

Sin embargo, sería insuficiente dejar la cuestión en este punto. Hasta ahora hemos hablado con el lenguaje lógico de la economía neoclásica. Sin embargo, dos consideraciones imponen el escepticismo respecto a este enfoque. En primer lugar, los sociólogos han insistido mucho, y con razón, en el hecho de que lo que se cree real es real en sus consecuencias. Análogamente, puede sostenerse que, en economía, más que «los hechos» importa lo que la gente cree que son los hechos. A este respecto es útil hacer una distinción entre los dos sentidos diferentes en que se puede hablar de estructura en la ciencia social. Ciertas estructuras, notablemente las demográficas y económicas, sólo son accesibles a los propios científicos sociales después de ocurridos los hechos; los actores históricos son ciegos a su realidad. Por consiguiente, el científico social ha de dedicar más tiempo a estudiar la estructura en el sentido un tanto diferente de descubrir qué concepciones concretas sostenían grupos específicos para explicar por qué triunfó uno y no otro. En relación al imperialismo, hacer esta distinción es establecer una diferencia entre «causas» y «razones»: las primeras no estaban presentes, pero las últimas tuvieron gran importancia. En segundo lugar, tenemos que recordar el argumento de Hobson y del marxismo de que una política económica exterior que no contribuye a la economía nacional en su conjunto puede, sin embargo, servir a los intereses de unos pocos capitalistas. Estas observaciones, por supuesto, pueden contradecirse mutuamente: la primera cuestiona la mis-

ma naturaleza de la racionalidad económica, mientras que la segunda depende de ella.

A finales del siglo xix predominaban dos estrategias geoeconómicas, como Werner Sombart subrayó en un libro cuyo título da nombre a esta sección³¹. Inicialmente, podemos considerar de forma abstracta ambas estrategias. La primera, la del liberalismo económico, buscaba la interdependencia entre las naciones dando libre juego a los principios del mercado, incluyendo los beneficios que se podían obtener por la ventaja comparativa. La intención de esta estrategia era subrayar que la política debía ser gobernada por lo que ocurría en la estructura económica de la sociedad. Si esta estrategia trataba de maximizar la riqueza, su alternativa trataba de maximizar la seguridad. La dependencia del mercado suponía que ningún Estado tenía el control total sobre su destino: podía cortarse el acceso a los mercados, y era posible que la movilización militar no dispusiera de industrias de importancia estratégica. Gran Bretaña había sido la pionera de la estrategia comercial: favoreció los mercados mundiales abiertos, y de acuerdo con esto permitió el libre acceso a sus posesiones imperiales. A mediados del siglo xix parecía que esta estrategia estaba ganando terreno en todas partes. Alemania había seguido el principio de Friedrich List de proteger sus industrias incipientes, pero en aquella época había eliminado los aranceles proteccionistas³². Sin embargo, los realistas insisten con razón en que el Estado frecuentemente ha dado el impulso industrializador inicial, en gran parte debido a razones de su propia segu-

³¹ W. Sombart, *Händler und Helden* (Munich y Leipzig: Duncker & Humblot, 1915).

³² Vid. E. M. Earle, «Adam Smith, Alexander Hamilton, Friedrich List: The Economic Foundations of Military Power», en Earle, ed. *Members of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler* (Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1971).

ridad militar. Esto contribuyó al fracaso de las esperanzas liberales de que la mano oculta del crecimiento económico conllevara la armonía política. Los argumentos militares en favor de la industrialización condujeron a un incremento de la capacidad de producción excedentaria mundial, lo que fomentó la rivalidad comercial³³, que se vio muy exacerbada por la depresión económica de 1870-1880. En aquella época, se originó en Alemania una completa visión proteccionista y mercantilista que trataba de maximizar la seguridad. Esta estrategia insistía en retener la producción de alimentos y las industrias militarmente importantes, aunque esto fuera «económicamente irracional».

Una vez distinguidas ambas estrategias, es importante preguntarnos por su funcionamiento interno. En el caso británico había una unidad inmediata entre el capitalismo y la élite que dirigía la política exterior; esto último dependía del primero por la razón palmaria de que el poder estatal británico se derivaba de su posición comercial. El caso alemán era más complejo. ¿La política alemana se adoptaba por la presión de los capitalistas o la elegía autónomamente el Estado? No puede darse una respuesta sencilla a esta pregunta. Ciertamente, la desdichada alianza entre los *Junker* y los grandes industriales, los cuales demandaban protección a finales de la década 1870-1880, tuvo excepcional influencia en el Estado. Naturalmente, esto fue tanto el capitalismo *per se* como determinados capitalistas, en el sentido que Hobson y muchos marxistas posteriores han hecho familiar, quienes se beneficiaron de la protección y, después de 1897, de la construcción naval. Además, los puntos de vista de los *Junker* fueron enormemente potenciados por la estructura del sistema

³³ G. Sen, *The Military Origins of Industrialisation and International Trade Rivalry* (Frances Pinter, Londres, 1984).

político en Alemania, como pudo verse claramente cuando hicieron fracasar el intento de Caprivi para inclinar más al Estado alemán hacia una estrategia comercial del tipo británico. Con todo, tan importante como esto fue la estrategia militarista del Estado alemán. Los responsables de la política exterior deseaban preservar industrias clave por razones de seguridad geopolítica. Sin embargo, debe recordarse además que la decisión de construir una armada gozó del favor de los grupos reformistas, incluidos los socialdemócratas, por una razón enteramente diferente: apoyaron esta política y se opusieron al plan alternativo de fortalecer el ejército porque temían que este último pudiera utilizarse para la represión interna.

Aquí hemos de resaltar un punto de gran importancia analítica que Schumpeter observó por primera vez. Los capitalistas desean que les dejen en libertad para hacer dinero; normalmente no producen su propia visión geopolítica. Si algunas capitalistas contribuyeron a crear la estrategia geoeconómica alemana de la *Weltpolitik* porque esto servía a sus intereses, es muy importante recordar que muchos otros capitalistas alemanes que no tenían fiada que ganar económicamente del imperio apoyaron igualmente esta política. Los capitalistas en ocasiones acceden a las concepciones propagadas por intelectuales y políticamente monetarios, siendo tan proclives al romanticismo político como otros actores sociales. Formulándolo de forma distinta: los capitalistas alemanes eran alemanes antes que hombres de negocios. Los Estados pueden, en otras palabras, interferir en la pura lógica de la sociedad capitalista que les engloba. El imperialismo es el ejemplo clásico de esa interferencia, pero otro ejemplo es los planes geoeconómicos desarrollados por los líderes del Estado alemán. Tal vez esto apenas sea sorprendente: Napoleón casi acabó con la soberanía y autodeterminación alemana, y los planes geoeconómicos sólo adoptaron una

forma coherente —y sumamente ventajosa para los capitalistas— bajo Bismarck.

Hemos de señalar además que el Estado alemán tenía un amplio margen de autonomía, debido, no en última instancia, a que siempre pudo gravitar entre diferentes grupos sociales, regiones o clases. Bismarck después de 1870 y von Bülow durante su cancillería fueron, y *pudieron ser*, cautos y pragmáticos. Bethmann-Hollweg pudo haberse comportado con idéntica precaución, y ciertamente los capitalistas no le dieron instrucciones específicas acerca de cómo actuar; no era una marioneta controlada por intereses económicos. Lo notable es cuán inepta fue la élite política para calcular sus propios intereses. Es del todo obvio que Gran Bretaña no había mostrado ninguna señal seria de cerrar sus mercados y, en todo caso, hubiera sido posible establecer acuerdos bilaterales, como hicieron los Estados Unidos en 1912, a fin de abrir el mercado alemán de forma más completa a Gran Bretaña para garantizar el libre comercio en general si la presión británica lo hubiera hecho necesario³⁴. Además, si aceptamos, como hemos de aceptar, que la estrategia geoeconómica llegó a basarse en la creencia de que era necesario adquirir mercados a largo plazo, el modo en que se puso en efecto dicha estrategia fue notablemente torpe. Hasta cierto punto, parte de la culpa es atribuible a Bismarck: su ostentación de maquiavelismo y admiración por una lucha por la supervivencia neonietzscheana produjeron una desconfianza generalizada. Pero fue Bethmann-Hollweg quien por fin cometió el error fundamental de ir a la guerra contra tres, y finalmente cuatro potencias, tratándose además de una guerra en dos frentes. La falta de cálculo

³⁴ D. Lake, *Power, Protection and Free Trade: International Sources of U.S. Commercial Strategy, 1887-1939* (Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1988). Cfr. R. Keohane, «Reciprocity in International Relations», *International Organization*, vol. 40 (1986).

reflejaba sin duda la ausencia de una estructura unificada de mando en el Estado alemán. El hecho de que Alemania se encontrara en la misma posición en 1941 es, por supuesto, tan extraordinario como decisivo para la configuración de la historia del siglo xx.

Este es un buen momento para examinar, a la luz de los hechos, la afirmación liberal de que un régimen político liberal en Alemania hubiera sido pacífico. Es cierto que los Estados liberales no lucharon entre sí durante las dos guerras mundiales, aunque la presencia de Rusia del lado de los aliados en ambos conflictos nos recuerda que las propias guerras ventilaban tanto cuestiones geopolíticas como el destino del liberalismo. Sin embargo, hay algo de verdad en la argumentación que subyace a esa afirmación. La voz de la industria pesada y de los *Junker* se veía muy potenciada por las peculiaridades del sistema político alemán. Sin embargo, la fortaleza de aquella voz no explica en último término la política alemana y existen otras buenas razones para mostrar cierta precaución frente a la tesis liberal. El hecho de que compartieran un sistema liberal no había evitado que Gran Bretaña y Francia consideraran la posibilidad de entablar una guerra por sus posesiones coloniales, como tampoco evitó la guerra entre Alemania y Gran Bretaña el hecho de que compartieran numerosas pautas culturales e intereses económicos, aunque bien es verdad que estos últimos no podían manifestarse plenamente a causa del sistema político alemán. Uno sospecha que el cambio pacífico que tuvo lugar en las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos tuvo menos que ver con intereses económicos o políticos compartidos que con la geografía: Alemania estaba demasiado próxima a Gran Bretaña para alcanzar el mismo tipo de acomodo. Finalmente, hemos de observar que el liberalismo tenía otros costes. El famoso informe de Eyre Crowe a sir Edward Grey, posteriormente Secretario de Asuntos Exteriores liberal, había identificado co-

rectamente la *Weltpolitik* alemana y había sugerido que podría controlarse si Gran Bretaña garantizaba claramente la integridad territorial francesa. Semejante garantía no sería proporcionada por el partido de Cobden, que tradicionalmente desconfiaba de complicaciones en asuntos de política exterior; una administración conservadora hubiera gestionado mejor la situación geopolítica británica.

Las causas de la guerra no deben achacarse totalmente a Alemania, aunque el actual consenso de los investigadores atribuye la mayor parte de la culpa a esa nación. El ajuste del equilibrio de poder para dar cuenta del desarrollo desigual del capitalismo fue un proceso con dos direcciones, y Gran Bretaña no trató adecuadamente la crisis de transición, aunque *sí* evitara el proteccionismo y el libre comercio imperial. Quizá no era posible un acercamiento fundamental. El acceso de Gran Bretaña al poder se había basado en el comercio ultramarino. Siempre había sido probable que otros poderes trataran de emular a Gran Bretaña y buscaran un lugar al sol. Esto causó terribles problemas a Gran Bretaña. Hizo necesario, sobre todo, pasar de la estrategia opcional de tener un imperio no territorial de libre comercio a la adquisición y mantenimiento de un imperio formal cada vez más costoso³⁵. Gran Bretaña tardó demasiado en ofrecer alguna de sus colonias a su principal rival, pero el daño fundamental se había hecho mucho antes, cuando Gran Bretaña convirtió la política europea en política mundial. Una vez que Gran Bretaña fuera genuinamente dependiente del comercio internacional, incluso para su propia alimentación, siempre era probable que tuviera que enfrentarse a un desafío naval. Sin embargo, las lamentaciones de Gran Bretaña sobre el éxito económico alemán eran en

³⁵ J. Gallagher y R. Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, vol. 6 (1953).

ocasiones desatinadas; los productos alemanes tenían éxito porque eran mejores y esto tenía poco que ver con las tarifas; como, para su honra, reconocieron algunos comentaristas británicos. Debía haberse hecho un mayor esfuerzo para entender su deseo de proteger la producción interior de cereales: si un Estado desea pagar más por su abastecimiento, hay muchas razones que hablan en favor de permitirle que lo haga, aunque esto requiera un ajuste económico por parte del país con excedentes baratos. Finalmente, merece recordarse que las fuerzas del nacionalismo en Gran Bretaña eran casi tan poderosas como en Alemania: la sociedad entera admiraba la Flota e inicialmente la guerra fue bien recibida en amplios sectores.

Bolcheviques, fascistas y Estado totalitario

Hemos dedicado mucho espacio a considerar los orígenes de la Primera Guerra Mundial por la más simple de las razones: las dos guerras mundiales tuvieron lugar en una reacción en cadena, es decir, las semillas de la Segunda Guerra Mundial se sembraron al acabar la Primera. Lo más importante fue que la derrota en la guerra potenció la turbulencia revolucionaria. Consideremos sucesivamente los dos grandes sistemas revolucionarios del período de entreguerras.

La derrota de la Rusia zarista condujo a una transferencia de la lealtad desde la nación a la clase. Esto hizo posible la victoria de los bolcheviques. Como es bien sabido, Lenin había quedado sumamente impresionado por la economía de guerra movilizadora y centralizada del Imperio Alemán, pero no intentó introducir ese sistema mientras vivió. En lugar de ello, el período inicial de «comunismo de guerra» fue sucedido por una «Nueva Política Económica» menos coercitiva, más orientada al merca-

do. Se ha discutido mucho con respecto a si este último modelo hubiera podido tener éxito, permitiendo así una estrategia socialista de modernización más liberal³⁶. Si bien es cierto que una política semejante hubiera podido funcionar a largo plazo, reparemos en que los revolucionarios, que habían sido atacados por Occidente en los años posteriores a 1918, sentían cada vez más que no tenían un «largo plazo»: la destrucción de los comunistas chinos en 1927 animó la primera de las intervenciones de Stalin en la agricultura. Como Bujarin había predicho, la intervención estatal se mostró desastrosa de numerosos modos: el volumen de la cosecha cayó espectacularmente y hubo que sacrificar a millones de animales. Pero esto no le importaba al Estado, que incrementó masivamente su cuota de la cosecha. Fue esta muestra de coerción brutal lo que permitió poner en pie el modelo soviético de industrialización. Los perfiles de ese modelo nos son familiares: plena planificación central, supresión relativa de las clases y dominación por parte de un partido único, armado con una ideología prometeica utilizada para transformar una sociedad nacional que se ha retirado del mercado mundial. La adopción de este modelo en la Unión Soviética permitió una solución violenta al problema campesino y la inversión masiva en la industria pesada. Los consumidores hubieran preferido prescindir de esa inversión, que fue posible por el hecho de que el modelo soviético se basaba en una dictadura.

Alemania estuvo próxima a una revolución de izquierda en 1919, pero los poderes establecidos mantuvieron sus posiciones lo suficiente como para hacerla fracasar. Es importante observar que fue un gobierno socialdemócrata el responsable de la derrota de una rebelión comunista; posteriormente, esto imposibilitó que una izquierda

³⁶ S. F. Cohen, *Bukharin and the Russian Revolution* (Oxford, Oxford University Press, 1980).

da unida protegiera la democracia de Weimar. Este fue el primero de una serie de factores coyunturales que finalmente condujeron a la revolución de la derecha. Si Hitler encontró mucho apoyo entre ex combatientes y miembros del ejército, particularmente opuesto al comunismo —entonces, hemos de recordar, una auténtica fuerza en favor de la revolución internacional—, es importante recordar que logró su acceso al poder como resultado de la conducta de las fuerzas sociales establecidas. Esto no quiere decir que el fascismo fuera únicamente, como pretende el marxismo, el «agente» del capitalismo. El fascismo no arraigó en las sociedades capitalistas avanzadas de Estados Unidos y Gran Bretaña, pero tuvo una fuerza significativa en Rumanía, a pesar de que ese país era esencialmente agrario. El mejor modo de considerar el fascismo es como una patología de la modernización forzada: en un país industrial se revivieron recuerdos de la «armonía» preindustrial, del «*Kinder, Küche, Kirche*» [hijos, cocina, iglesia], para crear la ideología antiliberal del modernismo reaccionario³⁷. Sin embargo, si sólo von Thyssen ayudó activamente a los nazis desde el principio, en tanto que sus colegas del mundo de los negocios preferían apoyar a los partidos de derecha, es sumamente notable que las clases medias capitalistas no fueran fieles a Weimar: no le prestaron su apoyo positivo y mostraron un resentimiento extremo hacia un régimen que inicialmente elevó los salarios de la clase obrera. Sin embargo, lo que en definitiva importó más que esta falta de apoyo fue la implicación activa de sectores de la élite tradicional, del modo más notable von Papen, en la toma del poder por Hitler.

En los años de entreguerras se creó la idea del totalita-

³⁷ J. Herf, *Reactionary Modernism* (Cambridge, Cambridge University Press, 1984); J. P. Stern, *Hitler, the Führer and the People* (Londres, Fontana, 1974).

rismo sobre la base de que ambos sistemas revolucionarios tenían en común características fundamentales³⁸. Reflexionando *a posteriori*, podemos ver que este calificativo debe aplicarse con cuidado. Hubo diferencias fundamentales entre el nazismo y el estalinismo: las bases sociales de ambos sistemas eran enteramente diferentes y el último al menos atendía a normas morales universales... lo que no impidió que matara aun más ciudadanos propios que el nazismo. Y, lo que es igualmente importante, el concepto se utiliza mal si se pretende aplicarlo a la Unión Soviética *per se* y no a los años entre 1928 y 1953. Pero si se aceptan estas limitaciones puede admitirse el concepto. El liberalismo era lo que más odiaban ambos Estados; ambos trataron de organizar la economía y la sociedad sobre la base de una ideología que abarcaba todo, el gobierno de un partido único y el terror. Estos sistemas hicieron redundante la escala polar de relaciones entre trabajadores y Estado utilizada anteriormente en ese capítulo. Franco y Mussolini continuaron más o menos ese mismo método. Pero tanto el nazismo como el bolchevismo trataron de movilizar a las masas en lugar de mantenerlas quietas. Por supuesto, gran parte del apoyo que se daba a estos regímenes dependía de sus logros prácticos; fueron los únicos Estados del período de entreguerras que encontraron una respuesta al problema del desempleo.

La naturaleza de los regímenes justifica de modo absoluto el punto más importante formulado por la tradición liberal con respecto al Estado. El poder político incontrolado puede llevar y llevó a la catástrofe, tanto para esas sociedades como para el mundo. Pese a lo que diga el marxismo, la naturaleza de los regímenes sí cuenta. Los marxistas efectivamente admiten esto al aceptar que el

³⁸ L. Schapiro, *Totalitarianism*, (Nueva York, Praeger, 1972).

«culto a la personalidad» —seguramente, una noción enteramente ajena a cualquier versión del *materialismo* histórico— distorsionó la historia soviética. Si esto apoya el liberalismo, los acontecimientos del período de entreguerras arrojan considerables dudas en otros aspectos acerca de su concepción de las relaciones entre el Estado y la sociedad. Es evidente que la conexión más o menos estrecha postulada por los liberales entre el capitalismo y el liberalismo pareció tener cada vez menos sentido en aquellos años. Los capitalistas ofrecieron una resistencia pasiva a Weimar. Pero otro aspecto merece un énfasis similar. Si los liberales pueden ser ocasionalmente demasiado duros con Estados con regímenes políticos diferentes, también pueden no serlo lo suficiente. Este tipo de conducta en los años de entreguerras tiene mucho de criticable, como E. H. Carr sugirió tan convincentemente en 1939.³⁹ La moralidad gladstoniana de Woodrow Wilson se dejó sentir en Versalles en la demanda de que Alemania aceptara la culpa moral de haber iniciado una guerra. Sin duda, esta política era sumamente cuestionable. Los alemanes no se sentían culpables por haber incurrido en lo que había sido el recurso tradicional de los Estados europeos durante siglos; por consiguiente, albergaron un justificado resentimiento, que Hitler alimentaría con éxito posteriormente. Esto no quiere decir que todos los liberales apoyaran el Tratado de Versalles; por el contrario, la mayoría de los liberales condenaron los duros términos impuestos a Alemania y sintieron que se habían conculcado los auténticos principios liberales. La formulación clásica de este punto de vista fue la obra de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz*, que sostenía, con brillantez y apasionamiento, que el Tratado de Versalles no sólo era vengativo, sino también autodestructivo: ¿cómo podían los Aliados arruinar la economía alemana —per-

³⁹ E. H. Carr, *The Twenty Years' Crisis* (Londres, Macmillan, 1951).

judicando con ello a sus propias industrias de exportación!— y demandar el pago de reparaciones?⁴⁰ Había en efecto mucho que decir en favor de una paz liberal, y esta parte de la tesis de Keynes conserva su fuerza. Sin embargo, vivimos en un mundo imperfecto y tenemos que actuar en situaciones sucias e impuras. En 1919, los temores de Francia excluyeron la posibilidad de una paz generosa. En general, los liberales no consiguieron entender esto. Durante los años de entreguerras, lo mejor de su mentalidad les indicaba que Alemania tenía reivindicaciones justas; la conciencia liberal, en otras palabras, creó un clima que fomentó la política de apaciguamiento.⁴¹ Dado que un tratado de paz generoso era imposible en 1919, había muchas razones para establecer una paz genuinamente cartaginesa, es decir, una paz que no permitiera a Alemania comenzar una nueva guerra. Tal como resultaron las cosas, se alcanzó el peor resultado posible: se firmó un tratado de paz que nunca se impuso ni se respetó. De este modo, la conciencia liberal contribuyó en alguna medida a posibilitar la Segunda Guerra Mundial. Norman Angell, uno de los ejemplos de moralidad liberal, lo comprendió tardíamente cuando admitió que si bien «el Equilibrio de Poder tenía mala reputación para casi todos los liberales, incluyendo este... posteriormente [los liberales] llegaron a comprender que la política de poder [consistía en] la política de no ser desbordados».⁴² Dice mucho en favor del liberalismo que en el curso de la historia parece haber existido cierto tipo de solidaridad kantiana entre los Estados liberales, aunque esto debe

⁴⁰ J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (Londres, Macmillan, 1919).

⁴¹ M. Howard, *War and the Liberal Conscience* (Oxford, Oxford University Press, 1978); A. J. P. Taylor, *The Troublemakers* (Londres, Panther, 1969).

⁴² N. Angell, *After All* (Londres, Hamish Hamilton, 1951), citado en Howard, *War and the Liberal Conscience*, p. 107.

contrapesarse con la falta de realismo —entendido como facultad y como rama de la ciencia política que ha hecho suyo este título— con el que frecuentemente ha llevado sus asuntos con los Estados no liberales.

Conclusión

La mayor parte de nuestro análisis se ha apoyado en las ideas de la tradición realista, pero hemos añadido a esto las difíciles tareas a las que se enfrentaron los hombres de Estado a causa de los desequilibrios del crecimiento dentro del capitalismo. Al mismo tiempo, ha sido necesario sumar al realismo consideraciones tomadas del marxismo y el liberalismo. Está claro que, como subrayan los marxistas, los grandes capitalistas, preocupados por defender sus propios intereses, fueron uno de los elementos de la coalición que creó la política estatal alemana de finales del siglo xix; en otras palabras, no podemos entender del todo la política alemana sin subrayar la influencia de esta fuerza social. El liberalismo no obtiene un apoyo tan claro de los hechos examinados. Los costes humanos de los regímenes totalitarios, por supuesto, confirieron preeminencia a la filosofía liberalista de la historia. Concretando más, las esperanzas normativas del liberalismo obtienen un apoyo limitado de la proposición irreal de que un sistema político más liberal en Alemania podría haber sido más pacífico; ciertamente, es importante observar al respecto que la autonomía del Estado se hubiera incrementado con un sistema político más representativo. Sin embargo, la presión popular interna en Gran Bretaña limitó hasta cierto punto el margen autónomo de maniobra de sir Edward Grey. Los regímenes liberales parecen conllevar oportunidades y costes.

Estas consideraciones conducen casi inevitablemente al objeto del siguiente capítulo. ¿Ha cambiado algo en la

combinación de capitalismo y Estados que indique que puede evitarse una repetición del desastre? ¿Existen rasgos nuevos en la política mundial contemporánea que permitan a los pueblos del mundo contemporáneo escapar de la *debâcle* que envolvió a anteriores generaciones de europeos?